



*Evangelizado
en Argelia*

*Miguel Larburu,
una vida de entrega
en el desierto*

Koldo Aldai

«CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN,
COMUNICACIÓN PÚBLICA O TRANSFORMACIÓN DE ESTA
OBRA SÓLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN
DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY.
DIRÍJASE A CEDRO (CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS
REPROGRÁFICOS) —WWW.CEDRO.ORG— SI NECESITA FO-
TOCOPIAR O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA».

PRIMERA EDICIÓN: JUNIO DE 2018

ISBN:
DEPÓSITO LEGAL:

DE MAR Y ARENA



Miguel Larburu,
una vida de entrega en el desierto

KOLDO ALDAI

ÍNDICE

1.- TIEMPOS DE PREPARACIÓN.

2.- TIEMPOS DUROS

3.- JUNTO AL LAGO

4.- APÉNDICES



*Miguel en una imagen reciente en el lago de Barañain,
junto a la residencia navarra de los Padres Blancos.*

HITZAURREA

Zumaia eta Afrikaren arteko bide luze eta laburra

Nork esan behar zion Mikeli, umetan, Zumaia utzi eta bizitza erdia basamortuan emango zuenik? Txikitan ekin zion Afrikarako bideari, baina Kanarietara, guraso eta familia osoarekin batera. Ez zuen orduan ere pentsatuko bere oinak Afrikako basamortura zuzenduko zituenik.

Baina gauzak nola diren... Halako batean, Kantauroko ur biziak albo batera utzi, Zumaia taosa eta kresalari bizkar eman, eta basamortuko Eguzki handirantz jo zuen. Munduko bestelako itsasoak zeharkatu, apaiz gisa hartutako konpromisoa langileen artean langile bihurtuta haragiztatu, ahulen artean ahul bihurtu, apaltasunaren indarrak jabetu, emanez aberastu... eta basamortuaren hustutasun handiaz bete zitzaigun.

A ze bidaia Mikelena! Bere herria frankismoaren garai ilunetan murgilduta zegoela, Afrikako eguzki argitsura jo zuen, Afrikako bestelako iluntasun bat ezagutu, Europako kolonialismotik askatzeko azken borroketako bat ezagutu, eta bertan errotu zitzaigun.

Bertan errotu, eta gertakari ugariren testigu izan zen. Bizitzaren eta heriotzaren arteko tentsio gogorren lekuko, bakearen eta gerraren arteko bide zail eta malkartsuen testigu, heriotzaren beldurra gaindituta, bizitza zertarako den argi izanda.

Bejondeizula, Mikel! Eskerrik asko, han eta hemen egin-dako guztiagatik. Eskerrik asko Zumaia eta Afrikaren arteko bidea uste baino laburragoa dela erakustegatik!

PRÓLOGO

Una vacuna contra la islamismo y otras fobias

Cuando Mikel cogió el camino hacia Argelia el mundo era algo diferente del actual.

La barbarie de la Segunda Guerra Mundial había conmocionado a media humanidad. Seguramente supuso una de las mayores barbaries de la Historia, al menos en términos de número de personas asesinadas, heridas, violadas, maltratadas y vejadas. Por otro lado, los procesos de descolonización en África eran numerosos y generaban tensiones por doquier. Francia, por ejemplo, se resistía a reconocer a Argelia su derecho a la emancipación. Así es la historia. Nos cuesta ceder poder y privilegios por las buenas.

El mundo entonces estaba dividido en bandos. La guerra fría y la escalada de armamentos amenazaban al mundo entero. El gran imperio veía en el comunismo una amenaza para sus intereses, y nos hizo creer a media humanidad que teníamos un enemigo peligroso del cual había que defenderse: el comunismo. Y todo valía contra él.

Pero los tiempos cambiaron. Se acabó la guerra fría. Se acabó la amenaza del comunismo, y se acabaron los réditos que producía la amenaza del “malo”. Por tanto, había que buscarse otro enemigo “malo y feo” para seguir dominando el mundo y salir de rositas. Y algunos facilitaron la transición: del comunismo al islamismo.

No me gustaría simplificar ni trivializar un enorme y complejo problema de la humanidad entera. No quiero simplificar hablando de buenos y malos. También el oprimido se

convierte fácilmente en opresor. Todo esto es muy complejo. Pero sí quiero agradecer a Mikel que con su testimonio de vida, con su fraternidad y servicio constante nos haya enseñado que la mayoría de las personas musulmanas con las que convivió eran buena gente, que no hay tanto choque de civilizaciones como nos quieren hacer creer algunos, que cuando nos tratamos como personas dignas de respeto la mayoría sabemos responder en consecuencia. Que compartir el ramadán con las personas que lo hacen (sea por convicción u obligación) no es buenismo ni abdicar de valores, sino algo que nos hace avanzar hacia una humanidad más justa, más libre y más pacífica.

Nos recuerda que los “enemigos” de la humanidad no son esos pequeños aprendices de violencia. O tal vez, más allá, que el “enemigo” no está ahí fuera, allí, en “ellos”, sino que como diría Gandhi, lo llevamos dentro, en esos instintos de dominación, de vencer y sojuzgar, de generar muerte...

Creo que la civilización occidental y mayoritariamente cristiana ha hecho grandes aportaciones a la humanidad: la declaración de los Derechos Humanos, los sistemas de protección social, la paulatina mejora de la situación de la mujer y de personas con discapacidades, la universalización de la educación y otras tantas bendiciones.

Pero creo, también, que no podemos mirar por encima del hombro a la comunidad musulmana y al mundo árabe, que tanto bueno han aportado también a la humanidad. Y que tenemos que recordar que seguimos siendo los colonizadores del mundo, y que hemos generado muchas más muertes, más violencia y más sufrimiento que los hermanos musulmanes. Y que no son nuestros enemigos.

Gracias, Mikel, por tu testimonio de entrega. Porque en lugar de intentar “convertirles”, te dejaste transformar. Porque en lugar de cerrarles en nuestras doctrinas, te abriste a esa nueva vida en el desierto. Porque compartiste tanto con ellos, y nos trajiste tantos tesoros. Entre otros, el de esa vacuna tan sana. Eskerrik asko, Mikel!

Joseba Ossa





Antiguo Seminario de Saturrarán (Bizkaia)

1.- TIEMPOS DE PREPARACIÓN

“Poco importa que el creyente universalista sea brahmán, hebreo, cristiano o musulmán, su religión es el amor: amor hacia Dios y amor hacia las criaturas... El niño que ha nacido en una familia hebrea, china o musulmana, puede reconocer, en Dios, a su Maestro verdadero; esta actitud le es innata.”
(Corán XXX - 30)

Sería equivocado afirmar que nos acercamos únicamente a Miguel por su testimonio privilegiado en medio de unos tiempos duros en Argelia. Su vida entera es un valioso testimonio, incluso antes de que se adentrara en el desierto. Quien vive por y para los demás hace de su vida el más bello de los relatos. Eso es lo que nos llevó a pedirle hora en medio de sus numerosos compromisos sociales y eclesiales, a llamar a la puerta de su casa en Barañain. Nos interesan sus días más arriesgados; en medio de ellos el hombre se ve medido. Pero nos interesan igualmente los días alejados de esa exigente vara de medir. Los días llanos sin mayores sobresaltos son también capaces de revelar al humano en toda su magnitud. Los días “normales” de un Miguel de chilaba en medio del Sahara, siendo uno más con todos los que le rodeaban, intentando siempre atender a sus necesidades, no nos interesan menos.

La estirpe de los misioneros de la buena y fraterna nueva, no necesariamente de un credo particular, es una especie en franca merma. Los Misioneros de África, comúnmente conocidos como los Padres Blancos, no encuentran relevo. Las nuevas generaciones no sienten la llamada de ese desierto

que lo pide todo. Quede por lo menos el testimonio de los que allí todo lo dieron y en esa donación entera fueron felices. Quede el relato siquiera para que las nuevas generaciones tomen nociones de orientación y sepan que la cumbre humana ha sido, es y será la cumbre de la entrega.

Vueltas da la vida

Desde muy pequeño se fraguó en Miguel esa vocación de entrega. Miguel quería ir a la mar, officiar de capellán entre los marinos de remotas pesquerías y sin embargo acabó en la tierra más seca, más alejada del rugido de las olas. De haber dado rienda suelta a su temprana vocación, sobre ese suelo menos firme, hubiera prodigado el mismo humor siempre a flor de piel, la misma fe inagotable, la misma genuina alegría que le caracterizan.

Quería ser misionero de Jesús el Nazareno y sin embargo le veremos primero con el turbante en la cabeza y después ayunando en Ramadán. En cuarenta años sólo ofició un bautizo. Lo hizo obligado y además, a decir por él mismo, salió mal. En su anhelo de estrechar cercanías, cuántas veces no leyó y comentó las “aleyas” (versículos) del Corán con sus alumnos del desierto.

Quería ser hermano cercano de todos, musulmanes y católicos, pero algunos se le fueron muriendo, unos llevados por el terror ignorante, otros llevados por un destino sabio, a veces falto de agua y golpeado por calores, también despistado. Un corazón que comenzó a latir desordenado le

sacó del desierto. Lo que no logró la más feroz violencia lo ha conseguido una salud que recientemente ha acusado los síntomas de la edad. Ese corazón desacompasado ha privado a los hermanos musulmanes de su entrañable compañía, pero nos la ha regalado a nosotros. Su cercanía física es la que nos ha permitido acercarle la grabadora. En ella ha ido vaciando valioso y valeroso testimonio. “Más que convertir y bautizar a toda costa, llegué a Argelia para compartir y practicar la fraternidad”, afirma el abanderado de la teología de la cercanía. Nosotros felices de sostener el reproductor, de rescatar para las generaciones del futuro el testimonio de hombres como Miguel, entregados por entero a esa porción de humanidad tan abrasada por el sol y por una reciente y caliente historia.

Peligroso volante

El tiempo negro de Argelia no lograría desdibujar su sonrisa, afeard el rostro siempre risueño. El humano se crece en la tragedia, en la situación límite. Como no podía crecer aún más en altura, todo apunta a que ensanchó corazón, intensificó compromisos.

Las balas no se le cruzaron. El destino quiso que no interrumpieran su caminar, pero, al igual que el resto de los mártires, su vida fue dada a Dios y a ese país. El terror ciego no le tocó por más que el Padre Blanco fuera un blanco fácil. Permanecer en Argelia, pese a todas las recomendaciones que a la comunidad cristiana llegaban, no significaba no tener miedo, más bien poner a prueba la fe para superarlo.

Miguel nunca ha afirmado no tener miedo, “el miedo es necesario para preservar la vida”, afirma el misionero. Medirse con él durante tanto tiempo, de seguro le condujo a un abrazo aún más amoroso de la vida.



*Miguel: Padre blanco en ciernes.
Seminario de Logroño, 1962*

“Nos van a cazar como a conejos”, llegaron a pensar cuando la lista del martirio se alargaba, pero eso no les empujó a hacer la maleta y tomar rumbo al aeropuerto. Esa fidelidad a la gente, a sus votos, a la nación de adopción, le llevaba al volante en aquellos duros tiempos. No temblaba al asirlo bien de mañana, cuando la lista de los mártires aumentaba, cuando la sangre de amor se prodigaba. Había que visitar a los compañeros diseminados por toda la geografía de ese país de arena azotado por tantos vientos.

Los días que debía realizar el “tour” de visitas se despertaba a las 4:30 de la mañana. Encontraba cierto relax a las seis de la mañana cuando confluía en las avenidas de intenso tráfico, pero al disminuir éste, al adentrarse por vías menos transitadas el pensamiento era inevitable: “¿Será éste mi último día?” Hubo una ocasión en que mataron a 350 personas en un pueblo de al lado. Los extranjeros eran muy apreciados para los secuestros, pero en realidad ¿qué iba a hacer? El miedo no podía condicionar su labor de Provincial. Pisaría el acelerador de su viejo cuatro latas para conjurar los temores y llevaría a sus labios silentes una oración.

Teología de la cercanía

“Un diálogo que supone que cada uno tiene que ser uno mismo y no callar sus convicciones y opciones, debe también renunciar a toda voluntad propia de querer convertir al otro a toda costa. Estamos obligados en este diálogo a distinguir “la conversión a Dios de lo que es cambio de religión.” La declaración clara y tajante no deja lugar a dudas. Miguel no fue al desierto a ganar prosélitos, sino a ganar amigos, hermanos. Nunca cedió a la tentación proselitista. Una y otra vez repetirá en nuestras conversaciones que “ellos llegaron allí para ayudar, convivir, crecer... juntos, no para expandir una fe.” Proselitismo es para el curtido padre blanco palabra prohibida. Supondría pasar por encima de sus hermanos musulmanes con quienes tan fuertes lazos tejió a lo largo de cuarenta años. Miguel es de los que piensan que la Iglesia no necesita tanto sumar acólitos, como testimonios del amor sin fronteras de Jesucristo.

Acoger y ser acogido es su credo. “En el mundo islámico he tropezado con gente de una fe increíble que me ha acogido de forma ejemplar”. Miguel instituyó en el desierto el evangelio de la cercanía. No buscó revelar a Jesús, sino tratar de encarnarlo. Él lo explica de esta forma: “Mi vivencia de la fe en Jesús se enriqueció sobre todo por las parábolas, particularmente la del buen samaritano, las actitudes de gestos incluso físicos de Jesús hacia los enfermos, los y sobre todo las excluidas del sistema religioso-social de la religión judía, legalista y excluyente; así como hacia ciertos enfermos, o mujeres a quienes el sistema ‘separaba’. A ellos Jesús se acercaba, incluso los tocaba y abrazaba. En ese aspecto nosotros evidentemente debíamos jugar con cierta prudencia, sin embargo por el hecho de ser ‘extranjeros’ se nos perdonaba mucho. Lo cual les permitía hacer su camino hacia la libertad por pequeños pasos.”

Miguel siempre tendrá por reto ganar en cercanía. En cada rincón del desierto que visitaba le tocó aprender su dialecto. Por eso dice que es tan malo con los “batuas” (idiomas estándar unificados, en euskera). Los dialectos los aprende en la calle y los “tacos” irán en el paquete, gajes del querer ser uno con el pueblo. Su árabe no es por lo tanto refinado, pero ello constituye uno de los precios inevitables de su teología de la cercanía.

Para Miguel el acoger es también hablar el idioma de quien está llegando. La acogida se verá de esa forma completada. Permanece por lo tanto fiel a la tradición de los Padres Blancos de promover la elaboración de diccionarios y gramáticas de las diferentes lenguas y dialectos en toda la franja

norteafricana. “Somos campeones en todo lo referente a las lenguas”. La elaboración de todos esos modernos manuales de los que antes carecían las propias comunidades, forma parte de esa teología de la cercanía.



*Visita exploración al Seminario de los Padres Blancos en Logroño.
Ramón Garmendia, de Ordizia, les precedió.*

Quien domina el árabe en sus diferentes dialectos, el francés, el inglés, el italiano, amén del euskera y el castellano, no tendrá reparos en vivir ya en su interior una fraternidad que no conoce fronteras de ningún tipo. “Toda mi vida he tenido que jugármela a la carta de la integración. Algo habré aprendido. Y de alguna forma es lo que pongo a disposición de la población que nos ha llegado de fuera. Nunca podré

renunciar a la acogida que me han ofrecido por todas partes. Hoy es un deber profundo devolverla.” Me acogían diciendo: “Miguel, marhaba bik; ed-dheif dheif Allah!”, que viene a decir “Miguel, bienvenido. El huésped es huésped de Dios”. Esta proclama de bienvenida estaba sujeta a dos interpretaciones: El huésped es huésped de Dios, o más profundamente, el huésped es Dios mismo que viene en forma de huésped.

Al igual que a raíz del contacto con situaciones nuevas y difíciles podemos llegar a cambiar el carácter, África también cambia a los que han entregado su vida en ella: “Durante estos años he podido anunciar la Buena Nueva de Dios y su proyecto aunque a menudo no he podido hacerlo de una forma explícita. Pero también he sido evangelizado por los argelinos. En mi vida espiritual he descubierto nuevos aspectos de Dios en contacto con los musulmanes.”

Ahora vuelve a casa y vuelve al euskera de su niñez. No se contentará con hablarlo coloquialmente. Querrá celebrar también la misa en euskera, aunque la palabra “transfiguración”, (*antzaldatzea*) la tenga que aprender de memoria. Querrá utilizar el complicadísimo “*hika*” (un tratamiento en segunda persona que implica confianza entre los interlocutores), aunque algunas de sus formas verbales le superen... No le importa tanto cometer algún error, sino acortar distancias. En uno y otro idioma, siempre procurar llegarse al terreno del otro, para que de esa manera se sienta cómodo. Miguel lo que busca es una hermandad, no tanto de proclamas huecas, sino del día a día. Eso se observa en la conversación con él, siempre en pos del lenguaje llano, de la palabra más sencilla y coloquial para sentirse a la par del otro.

Fragua de una entrega

Miguel Mari Larburu Etxaniz vino al mundo en Zumaia, el 28 de mayo de 1944 en el seno de una familia marinera. Su padre era “celador” de puerto. Se trataba de un cargo de carácter administrativo que luego fue asumido por la Marina. Ya de niño tuvieron ocasión de viajar primero a la cercana localidad de Deba, donde en realidad debiera haber nacido Miguel, pero su madre se empeñó en que fuera zumaiarra.

Con cuatro años lo veremos en las lejanas Canarias. En las islas ya serán tres hermanos. Después nacerían otros tres. Él era el mayor. Al principio sólo hablaban en euskera, pero con el tiempo y los viajes fueron mutando hacia el castellano. A la vuelta de una estancia de un año y medio en las islas, la familia se instala en Mutriku, donde permanecerá por otros dos años. Sus padres siempre les hablaban en euskera. Ya otra vez en casa, vuelve a aflorar la lengua materna.

De vuelta a la Zumaia natal al chaval le aguarda la escuela con los Mercedarios. A fuerza de ejercer de monaguillo va calando en el pequeño Miguel Mari una cierta vocación religiosa, de forma que a los doce años, en 1956, desea ingresar en el Seminario. En aquel tiempo abundaban las vocaciones y al no haber ya plaza en el recién inaugurado Seminario de Donostia, hubo de ingresar en el de Saturrarán. Este seminario había sido con anterioridad primero balneario y después cárcel de mujeres en la postguerra. Pese a las condiciones precarias de las instalaciones, Miguel guarda de esa época unos magníficos recuerdos. Para las Navidades siete compañeros ya habían cogido el tifus, él no se quitaba las

anginas..., pero todo ello no lograba mermar la felicidad de aquel tiempo mozo. La vida en el viejo y deteriorado case-rón era no obstante muy familiar. Estaban en total noventa chavales que gozaban de un régimen moderadamente aper-turista. Paradójicamente en el corazón de la etapa franquista los muy jóvenes seminaristas disfrutaban de un considerable ambiente de libertad.

Se daba incluso el caso de que, cuando los responsables de-bían ausentarse para acudir a reuniones del arciprestazgo, los chavales se quedaban solos y se gobernaban a sí mismos. La cercanía del mar y el “escultismo” son factores que co-mienzan a labrar igualmente en Miguel un espíritu abierto y generoso. Los fuegos de campamento resplandecen espe-cialmente entre sus recuerdos de pronta adolescencia. El de-pORTE añade a ello un acento voluntarioso. En el Seminario Miguel Mari toma la responsabilidad del botiquín y tiene que ir a menudo a Ondarroa a buscar medicinas. A veces asume incluso la más delicada tarea de poner inyecciones.

Finalizado el año en Saturrarán, en 1957 ingresa en el Semi-nario de Donostia. Eran los cursos denominados “latinos”. Las clases eran en latín y los chavales tenían que conversar entre ellos en la lengua clásica. El latín era la asignatura bá-sica, ya que en los cursos posteriores toda la docencia era en latín. Los estudios fueron así hasta el Concilio Vaticano II. En la carrera del seminarista después vendrían los cursos “filósofos” y después los “teólogos”. Si bien de forma muy discreta, comienzan a darse allí señales de oposición al fran-quismo. El ambiente era heterogéneo y comprendía desde sacerdotes afines al régimen hasta otros que abrigaban con

respecto a éste más que reservas. Comienzan allí también a impartirse por aquellos años las primeras clases de euskera.

“Sal de tu tierra...”

En la adolescencia los horizontes comienzan ya a ensancharse. La naciente espiritualidad y la inclinación marinera se reúnen en la aspiración a capellán en el apostolado de la mar. A los catorce años ya pensaba ir con la Pysbe a Terranova. Quien nació a la sombra de la ermita de San Telmo, quien tiene tres hermanos que en su día sacaban de la mar su jornal, iba sin embargo a acabar tierra adentro. En el interior del futuro sacerdote operan importantes cambios. En el quinto año de “latinos”, a los 17 años, la vocación toma otra sorpresiva orientación.

Dos inmensidades, mar y desierto, se disputan un corazón cargado de fe y sed de aventura: “Mi vocación profunda era la del sacerdocio obrero, al estilo de lo que estaba emergiendo en algunos países de Europa, es decir, un sacerdocio de testimonio y proximidad a la gente.” Llega por entonces al Seminario un curtido misionero, el Padre Daguerre, a la sazón inspirador de muchas futuras vocaciones. El Padre Blanco nacido en la localidad navarra de Errazu y destacado en Ruanda, coloca a África en medio de los planes de Miguel. Las crónicas de los recién llegados del continente negro hablaban de que “el Espíritu allí sopla en tromba”, de que los bautismos se sucedían en masa

El navarro se gana a los jóvenes. Alterna diapositivas con algún que otro chiste verde que arranca las carcajadas de los seminaristas. Al final de toda la serie de diapositivas, hubo una que se le quedó grabada a Miguel. Aquella fugaz imagen sobre fondo rojo y letras de bronce, constituyó en realidad un punto de inflexión. Era de una frase de Abraham, concretamente del Génesis 12 en la viga del coro del Seminario de Logroño recién inaugurado. La llamada se grabó de forma indeleble en la mente del aspirante: “Sal de tu tierra y vete a la tierra que yo te mostraré.” ¿Dónde acabará por lo tanto nuestro joven seminarista? ¿Piso balanceado o tierra firme? ¿Mar adentro o África adentro? La disyuntiva se cierra con la decisión a los dieciocho años recién cumplidos de ingresar en el seminario de Logroño de la mano de los Padres Blancos, a la sazón misioneros en el continente negro. Soplan ya los primeros aires del Concilio Vaticano II.

El antiguo testamento se saldrá finalmente con la suya, marcará pauta. La ciudad babilónica de “Ur” sólo era un poco más antigua que el orgulloso pueblo guipuzcoano. Al moderno Abraham no le quedará otro remedio que ser fiel a sí mismo. La sentencia “Sal de tu tierra...” es finalmente atendida por el zumaiarra que no logra sustraerse al poderoso e insoslayable imperativo. A decir del propio Miguel, “la frasecita de marras pudo más que todas las resacas, marejadas y galernas del Cantábrico”. Un tomismo “puro y duro” le aguarda en la capital de la Rioja.

La árida filosofía estaba llamada a encontrarse con un no menos árido paisaje. El “poster” de un camello adornaba su habitación en Logroño. La cruz y el animal se disputan

la pared privilegiada, adornan ya un futuro cercano que le aguarda. No será finalmente el África negra del Padre Daguerre, lo que acaparará sus pensamientos, sino esa África amarilla, pálida y seca del desierto. Miguel no obstante rehuía del “bautizo a manguera” de Ruanda.

Al mismo tiempo, un hombre de acción comienza ya a aflojar. El trabajo manual le atrae más que las disquisiciones metafísicas, pero aún así completa con éxito sus tres años de filosofía en ese seminario riojano. Busca la Presencia a través de la tarea con las manos y durante los estudios se emplea en la huerta y en los trabajos de mantenimiento.

Alpes egregios

Sus estudios continúan y el alma universal de Miguel se pone a prueba primero en las laderas de los Alpes. Con 21 años comienza su noviciado en Francia. Ingresar en el seminario (noviciado) de la localidad de Gap, con África del norte en su horizonte mental. La vida cuasi monacal no permite otras salidas que la montaña. Unas excepciones las marcan sin embargo unas pocas excursiones a la catedral, para cantar. Allí los asistentes disfrutaban escuchando a los setenta jóvenes cantores vestidos de “moros”, pues “moro” era el uniforme de los Padres Blancos en la época. Éste lo conformaban la “gandura” o sotana sin pliegue y el “bur-nus” o capa con un gran capuchón. El típico gorro rojo ponía la guinda.



*Gap (Alpes franceses). Noviciado, año crucial.
Dos personas populares: Cdnal. Omella (agachado 2º de la dcha.) y
Ángel Olanan (De pié, 1º de la derecha).*

A la vera de los grandes picos confraternizan italianos, suizos, franceses y españoles. Se respira un sano ambiente de hermandad espiritual por encima de las fronteras. Para todos era un primer acercamiento al espíritu del internacionalismo, que constituye una de las bases fundamentales de los Padres Blancos.

Europa ofrece a Miguel y sus compañeros la primera experiencia de cierta severidad monástica. A la familiaridad con la alta montaña, se suma la intimidad con el silencio. Media hora después de comer y otra media hora después de cenar para charlar entre ellos eran las únicas licencias. Mantenimiento de la casa y huertas corren también a cargo de los futuros misioneros. En los Alpes vive igualmente su prime-

ra experiencia de ejercicios ignacianos a lo largo de un mes. Se trataba de capacitarse en una praxis de “contemplación en acción”. En lo que a las tareas y responsabilidades se refiere, Miguel era “cavista”. Se encargaba del “cava”, es decir del vino, que cuidaban bien, porque, pese a lo que prescribía la orden, ellos se negaban a mezclarlo con agua.

Miguel prefería quedarse en Francia siempre por razones de proximidad a Argelia y a los argelinos en Francia, con los que hubiera podido confraternizar y sobre todo estudiar los rudimentos del árabe, pero la siguiente escala del joven aspirante a sacerdote se encontraba al otro lado del océano. El maestro de novicios le destina a Canadá con la finalidad de mejorar tanto el inglés, como el francés, pero sobre todo veía en el joven Miguel una vocación segura, lo cual justificaba el desembolso. El futuro políglota ya empieza a ejercitarse.

Tras una semana en barco, el misionero en ciernes arriba a Montreal en las costas de Canadá. Además de los estudios teológicos se vuelca en el trabajo físico. Los dos veranos los pasa sudando. Corre el año 1962 y Miguel emplea las primeras vacaciones levantando pesados fardos en una granja familiar. Al siguiente verano, de la granja pasa a los cielos y se pone a trabajar en la construcción de un rascacielos durante tres meses. En las alturas se las tiene que apañar con botas de esquí, pues es una cuestión de seguridad. No dispone de recursos, ni encuentra mejor calzado. Las alturas imponían, pero dos dólares ochenta a la hora tampoco era una retribución desdeñable para quien no había hasta entonces acariciado dinero en su bolsillo. El fruto de su sudor iba de todos modos a parar siempre a la caja de la comunidad.

A pesar de su condición de seminarista, no logra escaparse a la tentación de visitar Nueva York. Para su viaje a la Gran Manzana pidió al “ecónomo” de la orden cien dólares, que aquél concedió. En compañía de su amigo Patxi Urrutia de Amaiur y con tan sólo esos cien dólares visitan la mega urbe. Son jóvenes y no les asustan las limitaciones. Se “comerán” el mundo igualmente con tan pocos recursos en su haber.

Al final de su estancia en la Universidad de los oblatos de Ottawa, el seminarista vasco goza de un considerable nivel de inglés. Los tres años en Canadá llegan a su fin. Tras su licenciatura en teología, “*Bachelor of arts*”, se encuentra disponible para viajar al corazón del África, bien anglófona o bien francófona. Logra convencer a sus superiores de que su verdadera vocación se halla en el desierto. Feliz de poder satisfacer su anhelo, sube a su primer avión de vuelta a casa.

Primer contacto con África

El zumaiarra desembarca por primera vez en el África de sus sueños a la edad de veintitrés años concretamente en la localidad de Ghardaïa en 1969. Así explica Miguel su desembarco: “Llegué muy joven al Sahara. No fue ni un choque, ni ninguna desestabilización en mi fe. Fue poner en marcha el ‘turmix’ reuniendo mi fe con la de quienes me acogían. En mi propia fe había mucho de cultural. Sin miedos, y por una transformación a través de los poros. Me confronté a una experiencia de mi creencia, mi cultura analizándolas, dejando de lado lo que me parecía que era como una ganga. Todo ello evidentemente ejerce violencia al cuerpo (brutal adel-

gazamiento); al corazón (la afectividad) y al espíritu (mis formas culturales y religiosas). En definitiva, todo desembocó en mí como una vida entera.”

Miguel se propone desnudar su fe de las connotaciones culturales que necesaria e inevitablemente traía. Llegan a realizar las eucaristías en árabe incluso aunque los occidentales estuvieran solos. Los árabes se mofaban discretamente de ellos, pues no dejaba de resultarles algo paradójico.

En Ghardaïa permanecerá por el corto período de un año. Es una ciudad grande de más de 100.000 habitantes, mayormente bereberes y también árabes. Se halla en el corazón del desierto y dista 600 km del mar. Los Padres Blancos tenían en el Norte de África toda una cadena de formación profesional. En esas escuelas se preparaba a los chavales en construcción, tornería, soldadura, mecánica, carpintería, delineación... En la escuela profesional que regentaban en Ghardaïa se impartían también unas clases que se denominaban de preformación, a causa del nivel más bajo de los alumnos, allí en el desierto que en el resto del país.

Miguel desembarca en una Argelia que comienza a curarse de las heridas de la guerra colonial. Los recelos con respecto a los europeos comienzan a disiparse: “Cuando llegué”, afirma Miguel, “al poco de terminar la guerra contra la Francia colonial, me decía un viejo amigo: cuando aquí hemos tenido que hacer la guerra por la independencia, hemos guerreado como hombres. Fue muy cruel y tremendo. Pero aquello ha terminado. Ahora somos amigos, también amigos como hombres.”



*Parroquia de Zumaia. Ordenación sacerdotal (1971)
por parte de Mgr. Argaya, Obispo de San Sebastián.*

Había en Ghardaïa y alrededores muchos cooperantes jóvenes, mayormente franceses. Algunos eran “Voluntarios del Servicio Nacional” (VSN) y también había quienes pertenecían a la organización “*Fraternité africaine*”. He ahí el entorno solidario que Miguel había estado por tiempo buscando. Además de estrenarse como profesor en esa escuela profesional, disfruta echando una mano en el centro local de Cáritas. Subido al “dos caballos” con el que repartían víveres,

el aspirante a misionero se estrena feliz en su labor altruista. Miguel recuerda esos primeros tiempos en África con especial cariño. A veces dormían junto a las tiendas de los árabes a quienes repartían ayuda, a veces hacían noche en las dunas. El desierto responde a sus expectativas. El camello de la pared de Logroño se ha puesto ya en marcha. Al novicio le fascina ese paisaje tan austero, pero el cuerpo le cobra un caro peaje en kilos de menos. Había dejado la Zumaia natal hecho un morrosko de 92 kilos y volvía con 65.

Aún no se puede consagrar plenamente, pues le falta completar sus estudios de teología. Estrasburgo será la penúltima parada de su formación sacerdotal. Allí culmina su carrera sacerdotal. 1970 es un año definitivo para Miguel Mari. La vocación alumbró finalmente una consagración y ese paso lo da en su Zumaia natal. Le ordena sacerdote a los veinticinco años de edad el obispo Jacinto Argaya, de Bera de Bidasoa. En la parroquia de San Pedro asisten al acto solemne sus familiares y amigos. Saben que pronto el recién ordenado saldrá de su tierra y se entregará por entero a una aún desconocida y lejana porción de humanidad. Quienes le rodean serán también quienes primero atenderán a las llamadas de solidaridad del joven sacerdote en Argelia. Esas peticiones se concretarán sobre todo en forma de máquinas y materiales para el equipamiento de las escuelas. Su “aita” se entregará especialmente en ese apoyo. En su casa harán mucha paquetería con medicinas. Su hermano médico en Donostia será para ello un buen enlace.

La localidad guipuzcoana vive su singular fiesta al entregar a uno de sus hijos al mundo sufriente. Esa donación ya

cercana no asusta a quien goza de plena salud y juventud y para la que durante tanto tiempo se ha estado preparando. La iglesia rebosa y la familia y los amigos están orgullosos, lo que no quita que pronto echen en falta a ese joven alegre, vital y tempranamente comprometido. Una especial comida de celebración tiene lugar en el hotel Zumaia.

Para salir en misión el recién estrenado sacerdote, deberá no obstante prepararse en lengua y cultura árabes a lo largo de dos años en Roma. Si se trataba de trabajar en la comunidad árabe, había primero que ser un árabe más. En la capital católica combina los estudios preparatorios con una actividad en el seno de la comunidad de los “Kikos”, a quienes conoce a través de Arantxa, la hermana de un sacerdote amigo, Eustasio Etxezarreta. Ella trabaja en Roma como enfermera y le facilita el contacto. No obstante los “Kikos” no le llegan a convencer internamente. Sí se hallará muy a gusto en medio de una familia romana con tres hijas en la que es fraternalmente acogido. Vivían cerquita de la Casa Generalicia de los Padres Blancos. El cabeza de familia era panadero y a Miguel le querían como al hijo que no habían tenido. Con su hija Mariella permanecerá vinculado hasta el día de hoy por lazos de profunda amistad.





Visita de sus padres. Felices por su vocación consagrada.

Ancha fe, desierto inmenso

El verdadero estreno en África se producirá a la vera de los Atlas, concretamente en la localidad de Al Bayadh de 5.000 habitantes árabes, situada a 1.000 metros de altitud. El entorno es de una pobreza no exenta de nobleza. El ya mayor padre Alliaume le enseña el árabe dialectal. Por las mañanas estudiaban y a las tardes ponían en práctica lo aprendido con los vecinos de la zona. El padre Alliaume estaba hasta tal punto integrado en la comunidad local, que acompañaba a los ancianos en su tránsito hacia la muerte. Todo el ritual lo desarrollaban en árabe y siguiendo las pautas del Islam. Tras esa primera estancia de quince breves días, por lo demás bastante relajada, es destinado a Ain Sefra, a 270 km hacia el sur.



Desierto: libro abierto de geología y culturas primitivas.

El obispo de todo el sur de Argelia, Mgr. Raimbaud, la diócesis más extensa del mundo, envía al padre blanco, Cipriano Atallah (“Dios dado”), de Villanueva de la Vera (Cáceres), a Ain Sefra. El anterior director del centro había sido expulsado por el sindicato de los profesores. Era un hombre exigente consigo mismo y también con los demás. Ello le trajo problemas. El misionero extremeño aceptaría la sustitución a condición de que Miguel fuera con él. En la escuela se les enseña secretaría, mecánica y soldadura a lo largo de

tres años. En su nuevo destino Miguel se vuelca en la enseñanza de preformación. Los chavales aprecian a ese nuevo padre que juega con ellos a fútbol y habla su árabe dialectal salpicado incluso con alguna que otra palabrota despistada.

En ese tiempo el presidente Houari Boumédiène trajo ciudadanos egipcios para enseñar el árabe literario en la zona, pero no tardó en darse cuenta de que le estaban islamizando y radicalizando Argelia. A la vista de ello opta por traer cristianos coptos. Las ganas de estos por confraternizar les acercaron a las misas de la pequeña comunidad católica de los Padres Blancos. Los egipcios no presentaron ningún tipo de inconvenientes, aunque sí alguno de sus jefes que de vez en cuando aparecía también por allí. Miguel gozaba rezando juntos. Su alma se ensanchaba al mismo tiempo que las fronteras de la fe se expandían. No se encontraban por casualidad en una geografía inmensa y abierta. ¿Sería ese desierto sin fronteras el que le invitaba a barrer también unas barreras religiosas más interiores?

En Ain Sefra Miguel permaneció cuatro años. Allí se va permeando cada vez más de los hábitos y costumbres argelinas. Los hogares se abren y los Padres Blancos comparten comida y animada conversación. A veces son testigos de insólitos gestos de acogida hacia los más desafortunados por parte de la propia población. Las excursiones exploratorias al desierto que realiza con el padre Cominardi contribuyen a esa inmersión y afianzamiento en la cultura del lugar. El Golea, la localidad donde está enterrado el padre Foucault, es el próximo destino que le aguarda. Allí permanecerá por un año en espera de la toma de posesión de la Formación Profesional de Adrar.

La “sartén” de Adrar

Malí está cada vez más cerca y el té es cada vez más amargo, menos dulce. Desierto cada vez más profundo. Las dunas inundan las carreteras. La noche aliada con el viento a menudo las borra por entero. A veces hay que levantar las carreteras para que las dunas no corten el tráfico. Esas carreteras atravesará Miguel para llegar, 600 km al suroeste, hasta la localidad de Timimoun, y después a Adrar, capital de la provincia del mismo nombre.

Allí, en esa geografía de pequeñas urbes hechas de barro “Ksour” (de ahí viene la palabra “alcázar”), le aguarda su siguiente compromiso. La escuela se encuentra en Adrar, capital de la provincia, donde residiría junto con el padre Bernard. Están a las puertas del desierto más duro del mundo, Tanesrouft. Las aduanas para ir a Malí se sitúan en la propia ciudad, pues más abajo sólo hay arena y más arena. Dice Miguel que Adrar fue el tiempo de maduración personal. Allí se vivió esa cercanía a la población como primera virtud misionera. Alude a esa etapa como la más feliz de su vida, pero ese mismo calificativo ya lo ha expresado referido a otros destinos. En realidad la vida entera de Miguel es un feliz destino, en el que no hay lugar para la queja, sólo para el agradecimiento. Al respecto de este largo período nuestro entrevistado afirma: “Adrar ha sido el lugar donde mi cultura occidental de tipo racionalista se ha enriquecido gracias al diálogo interreligioso y de vida, por ósmosis con esta gente sencilla pero de una gran fe y de natural hospitalidad.”



Intercambios de familias: hermanos y cuñadas de Miguel, en Ghardía, que a su vez acogerán a argelinos en sus hogares.

Adrar significa la montaña en bereber. Con alrededor de 120.000 habitantes está situado a 1.430 km de Argel. Miguel llegó allí un 14 de mayo de 1977 a la edad de treinta y tres años. Su fortaleza física se pondría a prueba en medio de aquella inmensa caldera. El calor no le venció a Miguel. Vestía como la gente del lugar con una chilaba y debajo un traje de baño, como mucho, en verano. A veces la temperatura alcanzaba los 50 grados, pero él pudo superar la prueba. En las tórridas noches, se despertaba sediento sobre las 4 de la mañana. Echaba un trago de agua y se volvía a dormir.

Las tardes de las vacaciones de verano las ocupaban mayormente con la lectura, pues el calor tórrido no daba para mucho más. Ocho milímetros cúbicos por metro era todo lo que caía al año en esa tierra reseca. Le contaban los lugareños que ninguna persona había atravesado la plaza del lugar de una punta a otra sin caer desfallecido, pero el de Zumaia

no sucumbió, a pesar de haberlo hecho varias veces incluso a la terrible hora de la siesta.

El barro es poblado por gentes de color que han subido de un África más continental. No se sabe por qué subieron. Quizás algunos de ellos huían del yugo de la esclavitud, pero que a nadie se le ocurra llamarles “*Harratin*” hijos de la esclavitud. Los habitantes de la zona le dieron la vuelta a la palabra para afirmar que eran ‘libres’ (en árabe, “*harr*”: libre y “*tani*”: nosotros también), porque ellos son hombres libres, libertad duramente conquistada en el ancho e inclemente desierto. También hay una pequeña porción de población blanca, mayormente dedicada al comercio.

La urbe se engarza con el paisaje. El cobijo se levanta con el barro. La vivienda suma su color rojizo al paisaje del mismo color. “Bioconstrucción” pura “*avant la lettre*”. Hacen pelotas con barro y arena que amasan con sus manos para después estamparlas sobre la pared. Lo llevan haciendo así desde no se sabe cuándo. La vida es sencilla, las técnicas también. Los alacranes se esconden en algún agujero de esas paredes, pero no es necesario pensar en ellos. Los espíritus o “*djins*” pululan también entre todo esos barro, pero no será preciso molestarles, ni ahuyentarlos. Al fin y al cabo, ellos llegaron antes y hay sitio para todos en las estrechas y sombrías callejuelas de los “*ksours*”. La cúpula del barrio se recubre cada año de cal viva, como protección contra la poca lluvia, pero no así el resto de las edificaciones de barro. En cada barrio hay una “*qubba*”, monumento al santón-patrón del lugar, que en muchas ocasiones era el mismo fundador del pueblo.

La casa de los Misioneros de África está especialmente protegida. Se trata también de una construcción de barro pero con una arquitectura más perfeccionada. Las paredes, de 1,20 de metros de ancho, pueden hacer olvidar a sus moradores que se hallan en medio de un paisaje de fuego. Ingeniosos sistemas de ventilación y humidificación del ambiente harán el resto para permitir una vida llevadera. Con una sencilla bombita de lavadora y un ventilador construían humidificadores artesanos. Un Miguel muy apañado en esos menesteres manuales logrará de esa forma distribuir aire fresco por toda la estancia.

Sólo el agua que extraen del subsuelo (aguas del cuaternario) permite la vida en ese escenario desértico. En torno al agua hay sistemas de distribución, “*foggara*” y rituales de distribución ancestrales de gran precisión de cuotas. Hay incluso una casta de cuasi religiosa consideración, que será la encargada de administrar equitativamente el preciado líquido. La agricultura predominante es la denominada de ‘tres pisos’. En el primero, buscando el sol, las altas palmeras de dátiles; en el segundo los árboles frutales y en el tercero una huerta fundamentalmente de legumbres.

Corán en mano

Los alumnos tienen la tez morena o mayoritariamente son negros y su nivel cultural es sensiblemente inferior al del resto del país. La confraternización se prolonga a lo largo de todo el día. Al haber el Estado nacionalizado recientemente la educación, el propio Estado pasa a pagar directamente a

los Padres Blancos. Además, al cambiar los centros de titularidad, los misioneros son también indemnizados. Ello proporciona cierto desahogo económico a los hermanos. El pago al comienzo no es siempre en metálico, pues el Estado carecía de dinero. A veces llega en forma de sacos de arroz u otras vituallas, pero los Padres Blancos no están en medio del desierto por la paga, pobre pero decente, que les pueda llegar desde la lejana urbe.

La enseñanza ya es sólo en árabe, debido al escaso nivel de francés. Al principio impartían hasta cuarenta y dos horas de delineación de la construcción a la semana, lo que incluía también Corán y deporte. El misionero de Jesús enseñando los postulados de Mahoma, se coloca aún más cerca del Nazareno. Su compañero, el padre Bernard, enseñaba dactilografía. Había mucha demanda de personal de oficina pues Adrar se había constituido muy recientemente en “wilaya” o provincia. Había que levantar toda una administración nueva. Las nuevas compañías que se instalan en la zona requieren igualmente personal cualificado. Cuando Miguel deja Adrar, esta ciudad contará ya con una universidad de al menos cuatro especialidades.

Miguel relata al respecto una anécdota que sugiere la alta profesionalidad que caracterizaba a los alumnos suyos ya graduados: “Me lo contó un alumno mío y fue corroborada por varios responsables de la Formación Profesional. Cuando mis alumnos trabajaban en una administración o en un estudio por ejemplo de arquitectura, dada su dedicación al trabajo, algunos compañeros les preguntaban: “Oye, ¿vosotros sois cristianos? Ellos respondían: ‘Pero, ¿qué dices?’

Recuerda, ayer en la oración de la noche estábamos en la Mezquita, en la misma fila, rezando juntos la oración del ‘*magreb*’ (puesta del sol).”

Junto a los dos Padres Blancos, se encontraba también una pequeña comunidad de tres monjas y una profesora que se ocupaban de la formación profesional de las chicas de 16, 17 y 18 años. Gracias a sus clases de costura los chavales pudieron disfrutar de pantalones cortos para el deporte. Otra de las hermanas ejercía las labores de comadrona en la zona. En la fiesta de fin de curso se reunía a los chicos y a las chicas.

Los chavales venían de las “*madrasas*” o escuelas coránicas. Memorizaban el Corán, pero poco más. Su horizonte educacional se acababa en las “*suryas*” y “*aleyas*” Conocen ya de niños la dureza de la vida, pues han padecido los castigos corporales tan asociados a esas escuelas. El contraste por lo tanto será evidente al pasar a una formación en la que nadie les levanta la mano, ni les obliga a memorizar tan extensos textos. El palo largo del profesor coránico, que tantas veces se ha estampado en sus cuerpos, brilla por su ausencia. Como Miguel no disponía de ningún método para impartir la formación profesional, hubo de ingeniárselas y crear su propio método. Para ello se encerró durante todo un verano en un retiro en Ghardaïa.

La población disfrutaba de una fiesta anual o “*ziyyara*” de tres días de duración. Miguel nos comparte a propósito del hermoso recuerdo de una de estas fiestas: “La experiencia fue en pleno del desierto, entre dunas. Como siempre, el primer día asistimos a la fabricación de la cal. Al día siguiente

era propiamente la fiesta. Había mucha algarabía, música, danzas... y en un momento me acerqué a la tumba del wali o santo patrón del pueblo. ¿Cuál fue mi sorpresa? Descubrí lo que nunca había visto, que sí oído, incluso en la espiritualidad cristiana: ¡el don de lágrimas! Pude detenerme largo rato contemplando dos personas, un hombre de un lado de la tumba y una mujer al otro lado. Ambos lloraban. Sus caras albergaban tal sensación de serenidad y de paz, que transmitían al que a su vez contemplaba esa escena. Para mí fue una de las más bellas revelaciones de la presencia de Dios. Normalmente en su civilización el lloro es estridente, típica de plañideras, acompañado de laceraciones en la cara y senos.”

Mucha pólvora y griterío anteceden a las solemnes danzas de los habitantes del desierto. Contemplando esas poderosas danzas, Miguel se siente cada vez uno más de ellos, a gusto entre esa gente noble que les quieren y a las que sirven. El camello de Logroño le ha llevado a un buen destino...

Paréntesis bilbaíno

Entre 1981 y 1985 Miguel cambia el desierto por la gran urbe de un Bilbao en plena desmantelación industrial. Hay que hacer animación misionera. Se resistió en un comienzo, pero finalmente hubo de asumir ese compromiso a lo largo de cuatro años. Diferentes congregaciones misioneras se unían para tal fin. Miguel compaginará esa tarea más oficial de conferencias, entrevistas en radios, pastoral en las iglesias, colectas..., con más de alguna escapada para mostrar su solidaridad con los obreros de Euskalduna. En aquel

tiempo el encargado de misiones de la diócesis de Bilbao era Mikel Urresti, de quien Miguel era gran amigo. El equipo de animación misionera lo conformaba también Amelia Kawaji, misionera mercedaria de Berriz. De esa época salieron muchas misioneras y misioneros laicos a las misiones diocesanas. La que fue presidenta de la UISG (Unión Internacional de Superioras Generales), Amelia, exhaló su último aliento en noviembre del 2011. En el año 2015 fallecía Mikel Urresti, muy tocado por la enfermedad, pero siempre con esa perspicacia y sentido de la misión. Murió como vivió. Después de un ictus profundo, se recuperó medianamente, como para darse sus paseos diarios con su sobrina enfermera. Se apagó en uno de esos paseos, sentado en un banco de las calles de Bilbao, con gran paz.

Tanto asfalto le pide después inmersión en el desierto. Tras un mes de visita en Malí se embarca en la aventura de atravesar junto a su amigo Ismael el más duro de todos los desiertos, el de Tanesrouft. Toman para ello un camión de transporte transahariano. Hoy campa allí Al Qaeda a sus anchas, pero por aquel entonces era transitable. Viajan a lo largo de más de 2.600 km desde Segou en Malí hasta Adrar. Cinco averías salpican la larga y arriesgada travesía. Su experiencia en la soldadura será de utilidad en medio de una situación con gran dificultad para conseguir recambios. Con la más gorda de esas averías, un serio daño en el distribuidor de aire a presión, hubieron de permanecer varios días bajo el vehículo para defenderse del sol. Sólo el atardecer les permitía salir del agujero y disfrutar de esa geografía tan bella como peligrosa. Finalmente unos tuaregs muy hábiles también en la soldadura y el reciclaje de piezas, les sacaron del apuro.

Familia

A propósito de la hospitalidad, dice Miguel que todos sus familiares y amigos que han ido al Sahara han sido maravillosamente bien recibidos. El deber de ofrecer hospitalidad es una obligación del musulmán ante Dios. “Ed-dheif, dheif Allah” (“el huésped es como Dios o Dios mismo” que mencionábamos antes) es una máxima del Islam.

En su casa de Zumaia durante muchos años acogieron igualmente muchos “dioses”. Ese encuentro en el que el sencillo corazón reemplaza a la lengua e incluso a la propia religión, es lo que siempre ha buscado Miguel. La hospitalidad ha obrado de forma recíproca. Miguel siempre se sentirá satisfecho de ello: “He tenido una familia con un sentido muy profundo de acogida hacia mis amigos árabes y occidentales. Incontables amigos/as de Argelia, Francia, Italia, Bélgica han sido acogidos en mi casa.”

Entre 1991 y 1992 se ponen de acuerdo para dejar este mundo el padre, la madre y la tía querida que siempre había vivido en la casa. La muerte del “aita” vino precedida de un “ictus”. Todos los hermanos se volcaron en el cabeza familia. Llegaron a instalar todo un “gimnasio” en la bodega para que hiciera sus ejercicios de rehabilitación. Miguel oficia unos y otros funerales y en sus sermones aflora su desbordado amor filial. Dice que los sermones le sirvieron para poder vivir su propio “duelo”.

Provincial en Argel

Miguel adquiere una nueva e importante responsabilidad. Toma el cargo de Provincial de todos los Padres Blancos de Argel y Túnez a comienzos de 1992, justo en el momento en el que los islamistas del FIS (Frente Islámico de Salvación) ganan unas elecciones que el gobierno se apresura a anular. Comunica al General de los Padres Blancos en Roma que sólo asumiría ese cargo en el caso de que los votos de sus compañeros fueran mayoritarios. Así fue, la gran mayoría de los hermanos querían ver a Miguel al frente de ellos, por lo que él dio finalmente el placet.

En esos mismos días el ejército decreta el estado de excepción e impide que el FIS asuma el poder. El conflicto armado que se prolongaría durante casi un decenio ya estaba servido.



“Teología de la cercanía” en acción



*Avería del “Cuatro latas” en pleno desierto.
Chico para todo.*

2. TIEMPOS DUROS

“La sangre de los mártires cristianos derramada junto con la de un gran número de hermanos musulmanes, es una súplica apasionada de intercesión para que nuestra humanidad sea más acogedora, más tolerante, más humana y sepa, en su diversidad, dar siempre gloria a Dios.” Hermanos maristas.

El anhelo de total inmersión, de fusión con el pueblo, de confraternización por encima de los credos que caracterizaba a la iglesia argelina, sintoniza plenamente con el sentir de los Padres Blancos y de Miguel en particular. A nivel concreto el espíritu de encuentro interreligioso se había plasmado a comienzos de los noventa en iniciativas como el grupo *Ribât-es-Salam* (vínculo de paz) que se venían celebrando en Tibhirine. En ese grupo dialogan y llegan a orar juntos católicos y sufíes. Miguel se adhiere plenamente a ese espíritu, si bien su carácter más de hombre de acción que de teología, le mantendrá algo alejado del proceso.

“La Iglesia se queda”

1994 trajo consigo el tiempo más negro, que se prolongará tres años hasta bien adentrado 1996. El arrinconamiento de los radicales islamistas fuera del poder hizo estallar la ira. Cuando el conflicto se desata el obispo mártir de Orán, Pierre Claverie, deja absoluta libertad a los miembros de la comunidad católica: “Si alguno desea partir, es libre, pero la Iglesia de Argelia se queda. No abandonará a su pueblo.” Se quedaron alrededor de doscientos religiosos. En año y medio diecinueve cristia-

nos comprometidos, sacerdotes y religiosas de ese colectivo, perdieron la vida en atentados, cuatro de ellos Padres Blancos. También el propio obispo de Orán pagó con su vida ese compromiso. No buscaban martirologio, pero sí ser consecuentes. Adoptaron todas las medidas de precaución necesarias y racionales, pero hacer maletas y volver a Europa no estaba en sus planes.

Los golpes fueron duros, pero la hermandad se estrechó. Las dificultades acercan aún más a los hermanos en una fe que no sabe de fronteras. El apoyo de la población se pudo evidenciar en los momentos de mayor aprieto. Los propios vecinos eran quienes avisaban a los religiosos cuándo estaba el terreno libre o por el contrario cuándo era mejor guardarse en sus hogares. En esos momentos particularmente delicados no faltaba quien fuera al mercado con su lista y les hiciera la compra. El resto de las congregaciones miraban a los Padres Blancos como referencia, pues eran los que acumulaban más experiencia, los que llevaban allí más años.

“...priez pour nous et pour les musulmans”

Esa Iglesia de Argelia valiente y evangélica es poéticamente descrita por los maristas en su folleto “Sangre de amor”: “Iglesia que vive en la pobreza porque, habiendo perdido toda su potencia social y su fasto, vive de amor y de servicio. Así, purificada y sin ambiciones, puede ser un punto de partida para el diálogo con el Islam. La pequeña Iglesia de Argelia es consciente de vivir una misión profética, la de crear para mañana el clima de diálogo más tranquilo entre la fe

cristiana y la fe musulmana, con la certeza que todos somos hijos de Dios, obra de sus manos, y que los hijos acabarán por reconocerse como hermanos”.

Tras el asesinato público de su obispo auxiliar, Gaston Marie Jacquier , en 1976, el cardenal Duval ordenó a sus sacerdotes en la Archidiócesis de Argel no llevar el hábito religioso habitual en público o exhibir la cruz de manera llamativa. En los años que siguieron, las iglesias de la archidiócesis dejaron de tocar sus campanas para evitar incitar a la violencia extremista islámica. No hay eco de campanas a partir de entonces en los cielos de Argelia, pero la Iglesia católica sigue presente. Se baña en un espíritu de absoluta humildad.

Los mártires fueron el ejemplo de una disponibilidad y entrega totales. Cuando hablamos de los mártires Miguel subraya dos aspectos. El primero es que fueron mártires de amor, mártires en la entrega al prójimo. Aquello de mártires en la propagación de la fe no se ajustará plenamente a su ideario. Al fin y al cabo su presencia en Argelia era debida a ese amor por esa humanidad concreta, no al interés de hacer prosperar un credo. La segunda idea que nos comparte es que el martirologio fue extensivo, que alcanzó a otros sectores, que no se cebó en exclusiva en los seguidores de Jesús. Ante el terror indiscriminado desatado en esos años, toma tristemente fuerza el ruego grabado en el ábside de la gran basílica de Argel: *“Notre-Dame d’Afrique priez pour nous et pour les musulmans.”* (“Nuestra Señora de África, ruega por nosotros y por los musulmanes”).

De entre todos los imanes que se negaron a respaldar a la “*fatwa*” (decreto) de los más intransigentes y violentos de alguna forma santificando aquella guerra santa, ochenta y nueve fueron asesinados. Perdieron también su vida en atentado un total de ciento diez mujeres por el solo hecho de enseñar francés. “No por nada sus mártires han muerto con un gran número de hermanos musulmanes. Juntos, interceden para que nuestra humanidad sea más acogedora, más tolerante, más humana y sepa, en su diversidad, dar siempre gloria a Dios”, afirman los hermanos maristas en sus reflexiones tras la muerte de Henri Verges.

“*In šā’ Allāh*”

Fue un unánime, un colectivo “*In šā’ Allāh*”. La traducción literal es “Si Alá/Dios quiere” lo cual equivaldría a nuestro “Hágase su voluntad”. “Sea la voluntad de Dios y no la nuestra” fue la consigna extendida entre todos esos corazones generosos. La palabra árabe *Allah* (adaptada al español como Alá) significa Dios. “Los árabes cristianos también dicen Alá para referirse al Dios cristiano. “*In šā’ Allāh*” significa ‘si Dios quiere’. El significado del término no denota la profesión de una religión determinada.” (Wikipedia)

Cada uno de los diecinueve mártires pronunció a su forma su más íntimo: “*In šā’ Allāh*”. “No debemos tener miedo. Solamente debemos vivir bien el día que se nos da. El resto no nos pertenece”, afirmaríala también la hermana Angèle-Marie que vería acortados igualmente sus días en la carne. Su compañera en el martirio el día 3 de septiembre de 1995, la hermana Bibiane, se sumaba a su testamento vital: “No tengo

miedo. Su luz me ayuda a descubrir maravillas escondidas: la sorprendente solidaridad, la generosidad, el coraje sobrehumano; el Espíritu está allí, en su corazón que trabaja. La Palabra de Dios me ayuda a estar a la escucha para ser luz de la Esperanza. Yo elijo quedarme”.

El hermano marista Henri Verges y la hermana Paul-Hélène Saint-Raymond fueron los primeros en entregar la vida en el trienio negro. Fueron asesinados a mediodía del 8 de mayo de 1994, en la calle Bencheneb, en la biblioteca en la kasbah de Argel, que ambos dirigían. Era un centro al que acudían cientos de jóvenes en ese barrio tan pobre. La biblioteca en un principio de los Padres Blancos había sido entregada al marista para su gestión. Cuando el obispo Henri Teissier avisa de los riesgos de la permanencia en Argelia a las Hermanas de la Asunción, Paul-Hélène responde que de algún modo sus vidas ya han sido entregadas: “No nos pasará nada porque estamos en las manos de Dios y si nos pasara algo, seguimos estando en sus manos”. La religiosa va incluso más allá en su grado de profunda auto-exigencia al afirmar: “Necesitamos comenzar, nosotros mismos, a luchar contra nuestra propia violencia”.

Henri, quien tanto se acercó al alma de la juventud argelina también afirmaba: “Dejar que la Paz de Cristo me invada cada vez más en lo más íntimo de mi ser. Paciencia, dulzura hacia mí mismo, paciencia, y dulzura hacia todos. En particular hacia los jóvenes que el Señor me confía. Virgen María, haz de mí un instrumento de paz para el mundo.” A sí mismo se exigía una paciencia y perseverancia calmadas,

tranquilas: “Como el sembrador que confía su grano de trigo a la tierra y deja al tiempo de Dios que cumpla su obra. Es una actitud esencial para un educador: tanto más cuando yo no conozco el ritmo de desarrollo de cada uno de estos jóvenes.”

La nueva “sangre de amor” que regaría la convulsa Argelia la pondrían dos religiosas españolas, Esther Paniagua y Caridad Álvarez Martín, la primera de León y la segunda de Burgos, ambas agustinas misioneras. Esther Paniagua trabajaba como enfermera con niños discapacitados. En ese escenario de violencia que ya se había extendido por Argelia, perdieron la vida asesinadas a tiros en las calles del barrio popular de Bab el Oued en Argel el día 24 de octubre del mismo año. Acudían separadas, a poca distancia, a la celebración eucarística de la Jornada Mundial de la Misiones-Domund. Lo hacían de esa forma, pues así lo prescribían las medidas para intentar evitar atentados.

Miguel viene a la península con los cuerpos y participa en todas las ceremonias oficiales. Oficia funerales con la presencia de los máximos dirigentes políticos del Estado español. En los funerales el padre de la hermana Esther, campesino sencillo, pedirá permiso a Miguel y proclamará desde el ambón en la Catedral de León, ante el representante del país norteafricano, que los argelinos hicieron feliz a su hija y que los familiares no albergaban ningún tipo de rencor para con la nación amiga. “En ningún momento querían morir, eran amantes de la vida, pero también amantes de su pueblo y decidieron permanecer allí”, explicó en ese mismo sentido la superiora de su orden.

En las filas del martirio después tocaría el turno a los hermanos de la propia orden de los Padres Blancos. En esta ocasión el GIA, brazo armado del FIS (Frente Islámico de Salvación) escogió la región de Kabilia, concretamente su capital, la localidad de Tizi Ouzou. En esa región de acusado sentimiento nacionalista bereber, los Padres Blancos regentaban colegios, institutos, así como un centro de Formación Profesional. En sus montañas, con la violencia desatada por toda Argelia, la pequeña comunidad se sentía expuesta.

El 27 de diciembre de 1994 fueron asesinados Jean Chevillard, Charles Deckers, Alain Dieulangard y Christian Chesel. Los activistas se presentaron como policías y les conminaron a subir a una furgoneta que les aguardaba, pero los padres no tardaron en darse cuenta del engaño: “No sois policías...” afirmó Jean en cuanto se dio cuenta de la farsa. Con ese descubrimiento firmaba su sentencia de muerte. Las metralletas no tardaron en comenzar a desatarse.

Sabían perfectamente que podían morir asesinados, no obstante no lo dudaron. El propio Jean había afirmado: “Nuestra misión es la de testimoniar la fe cristiana en tierra musulmana. Por lo demás, In sha Allah”. El mismo padre asesinado afirmó cuando le preguntan por las razones por las que volvía a Argelia: “Vuelvo para testimoniar. Allí está mi casa, cerca de mis amigos bereberes. Sobre todo, si muero, quiero que me entierren allí.” Charles redundaba en el mismo convencimiento: “Sé que mis actividades ponen en peligro mi vida. Ésta es mi vocación, aquí me quedo...”

Miguel conocía perfectamente a los cuatro hermanos asesinados, si bien había mantenido un especial trato con Christian. Era con diferencia el más joven de todos. Se refiere a él como un fuera de serie: “una persona sumamente inteligente, al tiempo que muy espiritual. Siempre estaba envuelto en una agradable alegría interna.” Se sentían plenamente integrados en la cultura de la Kabilia. Miguel llega a decir de él: “Era nuestro porvenir.” La muerte de Christian comportó una dura prueba también para nuestro Provincial. En el entorno familiar del Padre Blanco asesinado hubo quien guardó incluso un cierto resentimiento porque, siendo el responsable allí de la orden, no había sacado de Argelia a Christian y salvado en Francia.

Diez años hubieron de pasar para que Miguel se quitara de encima esa dura carga, para que esos familiares en una visita que realizaron a Tizi Ouzou se convencieran, por las declaraciones de las amistades del fallecido, que Christian siempre se quiso quedar en Argelia, que nunca deseó abandonar el país, menos en aquellas difíciles circunstancias. Entonces ya Miguel descansó: “Me liberé de un peso muy pesado. La responsabilidad de una muerte.”

Con la familia del belga Charles Deckers, Charlie, para los compañeros, Miguel estableció también una particular relación que se prolonga hasta nuestros días. Charlie había llegado a dominar muy bien el idioma “*kabil*”. Era, según Miguel, “muy de la gente, muy dicharachero” y por lo tanto muy querido por los kabiles. “He conocido al Padre Deckers, recuerda un testigo; conservo en la memoria la ima-

gen de un sembrador de esperanza para los más desesperados... con aquella serenidad que emana sólo de los santos, devolvía a la justa dimensión nuestras pequeñas angustias humanas.”

Homilía

Afirma Miguel que una única palabra se repetía en todos los medios de comunicación y de la prensa en esos días lucuosos, en todas las muestras de solidaridad que recibieron, de la boca de todos aquellos que pudieron expresarse: gratuidad. Las llamadas telefónicas se multiplican, el fax no para de “desenrollar condolencias provenientes de todo el mundo...”

Tras el asesinato de sus compañeros Alain Dieulangard, Jean Chevillard, Charles Dekers y Christian Chessel, de la comunidad de Tizi Ouzou, Miguel, como Provincial, asumió predicar en la misa de funerales en la Basílica de Ntra. Sra. de África que domina toda la Bahía de Argel. De allí partieron también las tres primeras caravanas de los Padres Blancos que se dirigían al corazón de África. Las tres sucumbieron. En el camino los propios guías acabaron con la vida de los primeros misioneros africanos.

A media noche de aquel último día del año el sacerdote se coloca ante una hoja en blanco. La casa provincial está situada a la orilla del mar de la bella bahía de Argel. Como ruido de fondo, el viento marino trae el sonido de las bocinas de los barcos que fondean anclados en la bahía de Argel.

No cesa el ruido ensordecedor que da la bienvenida al año nuevo. Miguel, a pesar de que esos ruidos le son familiares desde su infancia, trata de acoger en su corazón el dolor inconmensurable por el arrebatamiento de sus compañeros queridos y busca la misericordia de Jesús.

La Basílica se halla repleta de gente de toda condición, sin embargo los que le escuchan son mayoritariamente musulmanes. Su corazón partido pronuncia, pese a todo, palabras cargadas de esperanza: “Tenía que acoger en mi corazón aquel golpe salvaje de la desaparición de mis compañeros, pero no era capaz ni siquiera de derramar una lágrima. Y sin embargo, se agolpaban en mí las imágenes de miles de argelinos en el cementerio de Tizi Uzu, en fila para darnos el pésame al Obispo Tessier y a mí, de tres de los compañeros asesinados al que pusimos fin con un amplio gesto de brazos extendidos de un saludo de agradecimiento.”

Ese día, le tocaba al Provincial la ardua tarea de hacer la semblanza de los compañeros delante de la soledad del cadáver del más joven, Christian, 37 años, dispuesto a cruzar el mar, para devolverlo a sus padres y a la tierra que le vio nacer. “Perdonadme, decía, por estos momentos de debilidad ante los que he sucumbido y por todas las veces que me he exclamado: ¡Dios mío, qué desperdicio!”

La homilía proseguía de esta manera:

“Te recuerdo a ti, Christian, hoy particularmente, tú el benjamín del grupo que me has conducido a menudo en el es-

pacio de un solo año por los senderos de la sabiduría; la única sabiduría plena, la de Cristo Jesús. Has sido tú quien me has empujado a convertir el camino de la debilidad en camino real del apostolado.

¿No fuiste tú el que me escribiste, y cito tus palabras: ‘La debilidad nos invita de hecho a renunciar a cualquier pretensión en el encuentro con el otro, por muy débil que sea, y a acercarme a él sin tener miedo de sus debilidades físicas, morales, espirituales; es pues la debilidad la que nos empuja a cambiar nuestra mirada sobre el otro, al que no buscaré para imponerme, no solamente porque habré reconocido la vanidad de cualquier fuerza que no sea la del Espíritu, sino que me hiciste consciente de que la debilidad es en realidad una mayor llamada al amor...’

Ustedes los asesinos, pero ¿qué temen de almas de semejante carácter para llegar a eliminarlos, y además disparando a la espalda...?

Confieso que pueda haber una parte de exaltación en la fórmula interrogatoria. Concibo incluso que nuestras intenciones no sean todo lo puras que deberían ser como para poder proclamar la nitidez del evangelio de Jesús. Pero sabed, queridos amigos argelinos, que la Iglesia de Argelia había escogido, y desde hace mucho tiempo, recorrer el camino de la gratuidad; esta gratuidad que es la revelación suprema del corazón mismo de Dios; de un amor llevado a sus límites, y que se ha manifestado en la encarnación en la persona de Jesús y cuya fiesta celebramos precisamente estos días.

Así, la Iglesia de Argelia os ofrece este regalo... diferente: ¿lo aceptáis? Y si todavía tenéis dudas o sospechas, he aquí el tributo de cuatro vidas.

Hace dos meses, volvía de España después de haber enterrado a Caridad y Ester, asesinadas aquí cerca, en Bab el Ued, con un mensaje claro que transmitir de parte del padre de Ester: '¡Diles a los asesinos, que los perdonamos de todo corazón y que los argelinos han hecho feliz a mi hija!'. Este es un testimonio de un Dios presente hoy entre nosotros. ¿Se puede rechazar todavía esta vía de sanación del corazón?



Mártires: semilla de vocaciones africanas

Todos estos crímenes se están cometiendo en nombre de Dios. ¿Es posible afirmar la inmensidad de la violencia que conlleva semejante actitud? ¿Qué misterio es el corazón del hombre! Pero estamos convencidos también de que esta forma de pecado, esta forma de violencia no podrá ser perdo-

nada, si no es desde la mirada misma de Dios mismo. Sólo en una experiencia de cara a cara con Él, y fuera de toda ideología, que sea cristiana o musulmana, sólo Él podrá curarnos e inspirarnos actitudes dignas de un hombre.

Vivimos un tiempo que invita a amar: amar incluso a nuestros enemigos. Amar, amarnos los diferentes para construir una nueva y bella Argelia. Vivimos un tiempo que ha obtenido la gracia de crear una comunidad de destino a partir de una inmensa cohorte de mártires que se llaman Bujubza (intelectual), Mekbel (periodista que hizo en cinco líneas el más bello panegírico de las monjas Caridad y Esther), Rachida (enseñante de francés), Bousebsi (psiquiatra) Alain, Henri, Caridad, y un largo etcétera... Con todos ellos y ellas nos sentimos juntos, hoy, en comunión bajo la misma mirada tierna de Dios.

¿Dónde podemos buscar fuerzas para que este proyecto de presencia en Argelia no se vuelva una locura? Hermanos y hermanas en la fe de Jesús, no veo otro camino que no sea el de la Eucaristía, unidos en corazón a la memoria de Jesús que padeció todo el sufrimiento de la violencia y del abandono, pero que los venció, no con otra violencia, sino gracias al amor y al perdón.

Mis queridos amigos y amigas, es verdad que no compartimos la misma fe, pero hoy hemos querido estar juntos en esta Basílica de Ntra. Señora de África para hallar en lo íntimo de nuestro corazón la luz divina que nos anima a todos. Dejémonos guiar por esta luz y un día nos encontraremos plenamente.

Gracias, hermanos míos, que nos habéis precedido ante el Padre. Gracias a vosotros todos por todo el calor humano que habéis otorgado a esta pequeña comunidad cristiana en Argelia. Gracias, a vosotros hermanos argelinos, por habernos permitido, al acogernos en vuestra tierra, recorrer un camino tan bello hacia Dios.”

“¡Volved a casa...!”

Después llegó la hora de las hermanas Jeanne Littlejohn (Hermana Angèle-Marie), Denise Leclercq (Hermana Bibiane) de la Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles a quienes ya nos hemos referido antes y de la Hermana Odette Prévost, de las Hermanitas del Sagrado Corazón.

Cuando mataron a estas hermanas, Roma envió al chileno Monseñor Errázuriz para conminar a toda la comunidad católica a que se expresara de forma individual con respecto a su futuro. Pidió a todos los misioneros una carta en la que comunicaran libremente su opción: quedarse o marchar. Debían igualmente aclarar los motivos de una u otra decisión. Miguel, como responsable regional, era el encargado de hacer llegar este requerimiento a sus hermanos blancos. No hubo ni siquiera tal carta, nadie se vio en la obligación de tener que explicar por qué estaban allí y por qué querían quedarse. Ellos llevaban mucho tiempo en el lugar. Perteneían ya a esa geografía, a esa gente y no veían por qué habían de abandonarla en los tiempos más delicados. Era algo conatural a su vida.

Después la suprema entrega llamaría a las puertas del monasterio del Tibhirine de los monjes trapenses. Christian de Chergé, Luc Dochier, Christophe Lebreton, Michel Fleury, Bruno Lemarchand, Célestin Ringiard y Paul Favre-Miville fueron primero secuestrados en marzo de 1996 y después asesinados en circunstancias que aún se desconocen. Fue el atentado que tuvo más repercusión mediática, el que llegaría a conmocionar a Francia entera. Su martirio fue acertadamente llevado a las pantallas de todo el mundo con la película “De Dioses y hombres”. Cuando la amenaza era cada vez más cercana, los monjes reflexionaron sobre la cuestión de quedarse o no, debido a los lazos de amistad formados con la población civil.

Tres reuniones de reflexión y discernimiento fueron necesarias para poder adoptar una decisión comunitaria. Por un lado se encontraba el amor a su vida y por otro el deber de acompañamiento. Se quedarán en el monasterio viviendo su compromiso hasta las últimas consecuencias. Este aspecto se subraya en la escena de la película en que los monjes visitan una familia y dicen: “Nosotros somos como pájaros en la rama que sois vosotros”. En ese momento, la ama de casa que escucha desde la cocina la conversación, entra en el salón diciendo: “¡No, no no! Nosotros somos los pájaros y vosotros sois la rama en la que estamos posados!”

“Amigos del último instante” fueron quienes les dieron muerte, quienes les robaron la vida en la tierra. Por eso, porque murieron con el perdón en los labios, en Francia, por primera vez desde la muerte de Juan XXIII, tal como relataba *Le Figaro*, todos los templos católicos (alrededor

de 40 mil) hicieron repicar las campanas al mismo tiempo. Por eso en la plaza de los Derechos Humanos en París se reunieron más de diez mil personas con una flor blanca en las manos. Por eso, porque sus propios verdugos, eran sus “amigos de la última hora”, han ocupado tantas páginas impresas, por eso han saltado a las pantallas de medio mundo.

Tal es la fuerza redentora de ese mensaje de compasión que nunca murieron, que su testimonio se multiplicó con su martirio. Son ejemplo vivo y son también popular celuloide, lo que implica en nuestros días que los monjes de Tibhirine y su reclamo de perdón, forman parte ya del consciente planetario colectivo. Necesitamos, también como humanidad, ver encarnar fuera los grandes valores en los que creemos, para por fin darles paso dentro. El cine de Xavier Beauvois y su eficaz promoción, han colocado a los siete hermanos trapenses en el corazón de muchos espectadores. ¿Quién dudará a estas alturas de su victoria sobre la muerte y sus vasallos de tan fácil gatillo?

En una entrevista concedida al semanario católico Alfa-Omega, Miguel señala al respecto de la amistad que le unía al abad Christian: “Conocí y colaboré personalmente con él. Como responsable de los Misioneros de África en ese momento, en Argelia y Túnez, me tocó precisamente administrar si era sensato o no quedarse en Argelia, en un momento en el que el país perdió el rumbo humano. Decidimos quedarnos, estar cerca de los compañeros, visitando a las comunidades más frágiles y alejadas, sosteniendo a las familias que perdieron un hijo o hija, cumpliendo con el deber de entregar los cadáveres a sus familias. (No obstante la

mayoría de las congregaciones respetaron el deseo personal de ser enterrados en Argelia.) Son misiones que también parecen sobrepasar toda fuerza humana, pero ahí se descubre que Alguien nos sostiene.”

Por último llegó la muerte del obispo de Orán. Monseñor Pierre Claverie, que pertenecía a la Orden de los Predicadores, comúnmente llamados “dominicos”. Había asumido el cargo en 1981 y si por algo se había significado fue por su deseo de tender puentes con la comunidad musulmana. Una bomba a la puerta de su casa acabó con el obispo abanderado del encuentro entre los dos credos. El potente artefacto destruyó su cuerpo el 1 de agosto de 1996 y el de su chófer, Mohamed Bouchikhi. Se cerraba la lista de los cristianos llamados al más alto de los sacrificios en aquellos años duros.

Posteriormente, se descubrió el diario que llevaba Mohammed, el joven de confianza del Obispo Pierre. En él se apreciaba la fuerte amistad entre la autoridad católica y su joven chófer, así como el caminar de quien llevaba el volante hacia una conversión ciertamente a valores humanos y cristianos que nunca sabremos cómo se hubieran concretado. Este hecho fue inmortalizado en una obra de teatro “Pierre y Mohammed”, basada en sus diarios respectivos.

Muchas voces desde Europa aconsejaban a la Iglesia católica abandonar el país. Sin embargo, Pierre Claverie se opuso firmemente a esta idea. El que fuera llamado “obispo de los musulmanes”, título que asumía con afecto, por su gran conocimiento del Islam, era perfectamente consciente del

peligro que corría. Cuando le repetían: “¡Vuelve a casa...!” Él respondía “¿Dónde está nuestra casa?”

Claverie participó en numerosos encuentros entre cristianos y musulmanes. Desde 1973 a 1981 había dirigido el “Centre des Glycines”, un centro educativo para el estudio del árabe y del Islam. Monseñor siempre buscó establecer un diálogo real entre creyentes, sin importar que la religión fuera cristiana o musulmana. Fue un auténtico militante del diálogo: “La religión puede desencadenar una de las peores formas de fanatismo, ya que hay personas que se apoderan de la idea de la divinidad bien para alimentar su ansia de poder, o simplemente por falta de conocimiento. Todas las religiones corren el peligro de ser utilizadas como instrumento de opresión y alienación. No dejemos que la lectura literal de los textos sagrados asfixie al Espíritu. Podemos luchar contra estas distorsiones de la fe, no sólo por nuestra fe sino por la fe de otros credos, manteniendo el diálogo en lugar de creer en convulsiones externas que apoyen las diferencias. El diálogo debe reavivarse constantemente. Es la única forma de desarmar el fanatismo en nosotros mismos y en los demás.”

** Varios de los textos de los religiosos y sobre los religiosos que aquí aparecen entrecomillados, están extraídos del opúsculo “La sangre del amor. Mártires de Argelia” (1994-1996) editado por los maristas.*



Etty Hillesum

Entre la literatura de Miguel tienen especial lugar las personas que han hecho de su vida un evangelio en acción. En la responsabilidad del misionero cuando permanecía en Argel como Provincial, estaba también el acompañar a los compañeros en Túnez. Para Miguel, aterrizar en dos horas de avión en Túnez, era llegar a otro mundo, de una gran paz, siquiera aparente. Era poder descargar con los compañeros de la orden su tensión, compañeros que no obstante tenían sus específicos problemas.



*En casa de Mohammed Reggan.
Fue su “hermano menor” y gran colaborador.*

De una de estas catarsis que nuestro misionero también necesitaba, el propio Miguel nos relata: “Un día estando en Sousse,

con Ramón, pamplonica y buen amigo él, encontré el momento de descargar todas las tensiones que había acumulado. Me debió ver más cargado que de costumbre, mientras le contaba mis dificultades, pues saltó disparado de su sillón y se dirigió a su biblioteca bien equipada. Fue directo a un libro, y me dijo: ‘¡Tómalo y léelo!’. Era el Diario de Etty Hillesum, testigo de la shoah (holocausto o aniquilación judía) y ejecutada en el campo de concentración de Auswitch”.

Nos comenta Miguel a propósito de uno de sus iconos preferidos: “Pronto serán veinticinco años que me sigue a todas partes y un libro que he dado a conocer a innumerables personas. Ella, judía holandesa, adjunta a la Universidad, que gracias a un coach diríamos hoy, le da un revolcón a su vida y se consagra a los deportados judíos y que finalmente morirá con toda su familia gaseada. Nunca fue bautizada, descubrió a Jesús y se identificó con su Pasión por el servicio hacia sus congéneres. Sus oraciones tienen una calidad y profundidad absolutamente humana y universal. Todavía vivo de ella y no dejo de leer todo lo que caiga en mis manos sobre ella. Es una auténtica espiritualidad para tiempos difíciles como aquellos de los campos de concentración, como lo son hoy para millones de niños, refugiados, emigrantes.”

Año sabático

Después de tantos años de responsabilidad en medio de la tormenta de violencia, aguardaba a Miguel la grata paz de una mar siempre familiar. Entre desierto y desierto un poco de océano. El año 1999 representa el merecido período sa-

bático para el misionero de ya larga trayectoria en África. Se embarca en el Portuondo de la Naviera Murueta como “currante” de a bordo. Siquiera un poco tarde Miguel, quería atender a su doble vocación marinera y aventurera. Da la vuelta a la península, navega por los mares de Inglaterra, Países Bajos y Suecia. La navegación de Suecia se prolongará por cuatro meses: “Por fin cumplí con mi asignatura pendiente. Guardo unos recuerdos emocionantes, sobre todo de la tripulación. Creo que en medio de ella fui uno más. Me concedieron el privilegio del camarote individual, que también hacía las veces de enfermería”.

En el año 2000 emprende también un viaje sorpresa a Japón, con su amigo el sacerdote Mikel Urresti, delegado de Misiones de Bilbao. Fueron a visitar a Amelia, mercedaria de Berrioz, con quien habían compartido muchos años de animación misionera. Miguel se acerca a una nueva civilización y disfruta una vez más con la diversidad cultural. Constata no obstante las grandes diferencias: “Al lado de Japón, la adaptación a los musulmanes de Argelia es coser y cantar. Al fin y al cabo, son mediterráneos.”

Si Etty ha sido para Miguel la compañía libresca inseparable, la familia y amigos de Zumaia no lo fueron menos. La correspondencia íntima, los diarios se convirtieron en una ayuda incuestionable ante la responsabilidad y la “soledad del jefe” que tanto podían pesar. Así nos lo revela el propio Miguel: “Leer o escuchar: ‘¡Miguel Mari, si un día te pasara algo, de verdad, no sé cómo me podría levantar!’ era comprender también la cercanía de tanta gente. Cuando terminé mi cargo de Provincial tomé un año sabático. Estaba un día

hablando con un amigo de la cuadrilla de mi hermano y de mi cuñada, que tenía una consulta de psicología y siquiatría, cuando le dije: ‘después de tantos traumas, ¿no sería bueno que miráramos juntos cómo me encuentro?’ Como había escrito mucho en esos años, le hice un pequeño informe. Cuando nos volviéramos a entrevistar, él ya estaría así más orientado. Una vez finalizada la lectura me dijo sencillamente: ‘Miguel, estás bien. ¡Sigue tranquilo!’. Todo un alivio”.

Vicario y obispo sustituto en Laghouat (2000-2006)

“En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso Alabado sea Dios, Señor del universo, el Compasivo, el Misericordioso, el Rey del día del Juicio. A Ti sólo adoramos y a Ti sólo imploramos ayuda. Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.” “Al-Fatiha” (Primera sura del Corán)

Calma tras la tormenta. En el año 2000 el obispo Michel Gagnon, nombra a Miguel Vicario General de Laghouat, con sede en Ghardaïa. En el 2004 hace las veces de obispo. Allí desarrolla las labores propias del cargo: reuniones de la residencia episcopal, animación de la diócesis, encargo de construcciones, contacto con las órdenes, “fichaje” de nuevas órdenes para su instalación en esa la diócesis más extensa del mundo, así como un sin fin de cuestiones más de orden material... Miguel despliega en ese tiempo una enorme actividad, pues al mismo tiempo se hace cargo de las instalaciones de los Padres Blancos en la diócesis. Concretamente se ocupa de la Dirección de la biblioteca de Ghardaïa. Entre sus fondos hay una fo-

toteca de enorme valor. Miguel toma la tarea de “escanear” ese material único con la ayuda de técnicos de cadena de TV ARTE.

En el 2006 se instala en Uargla, a 250 km, una ciudad de 230.000 habitantes. Allí asume la responsabilidad de construir una casa para una nueva comunidad de Misioneros de África, así como una biblioteca y un aula. Las instalaciones se encuentran en plena *kasbah*. La religiosidad del lugar está muy influenciada por la cultura mozabita, al igual que en Ghardaïa.

Un cuerpo que hasta entonces se había mantenido en perfecto estado expresa ya sin embargo los primeros e importantes achaques. Miguel andaba trescientos metros y se cansaba. El corazón lanza su inoportuno aviso en plena tarea en Uargla. Es preciso dejarlo todo y atender esa demanda. Su hermano le dijo en una de sus comunicaciones: “Mañana te quiero ver en San Sebastián”.

Concurrió la circunstancia de que desde la base no lejana de Hasi Mesaud al día siguiente salía un avión para Madrid. El requerimiento de su hermano pudo ser satisfecho y esa misma noche Miguel ya estaba en la Policlínica de la capital donostiarra, listo para comenzar la exploración. El diagnóstico fue de dos arterias taponadas. Un exceso de colesterol parece que fue la razón de ese taponamiento.

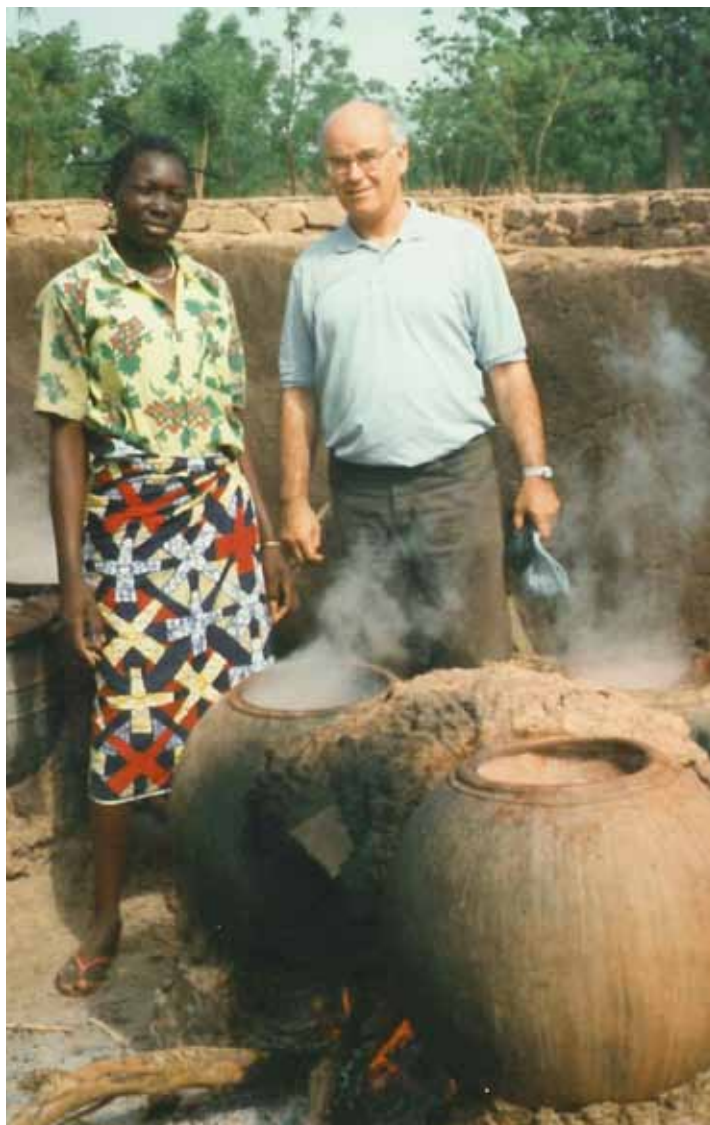
La operación que le practicaron consistió en la colocación de tres pequeños “stents” o paraguas que se abren al llegar a la arteria en cuestión. Miguel siempre recuerda con asom-

bro esta operación, pues pudo ver a través de una pantalla el desarrollo de la misma. Paraphraseando al Salmo 8, nos comenta: “Nos has hecho un poco menos que Dioses”. Tras dos meses de reposo vuelve a Argelia con su corazón ya “reparado”, pero esta última etapa de responsable de la comunidad de Uargla, junto a los hermanos Agustín, Miguel y Hans, ya será breve. Nuestro misionero se refiere a esta etapa como la de “el canto del cisne”.

Un cuerpo cansado le pide un tipo de actividad más sedentaria y llevadera. En Junio del 2009 Miguel deja Argelia y vuelve a Madrid. Tras una estancia en Roma en 2010 es nombrado responsable del ARCRE. Esta iniciativa tiene por objeto un seguimiento del desarrollo del Islam en Europa, así como un contacto con las nuevas generaciones de musulmanes en el viejo continente. Para el desarrollo de esta nueva labor Miguel se instala en Bruselas.

Nuestro misionero, al igual que Jesús, no se considera extranjero en ningún lugar cuando se trata de servir al prójimo. Trabajó muy entregadamente, como él sabe hacer, en ese proyecto. El cuerpo le iba a pasar sin embargo una nueva factura en la capital europea. Un “ictus” vino a detener su actividad intensa.

El 6 de febrero del 2013 se cayó en su apartamento de la calle Tombeur. Se levantó de noche para ir al baño y cayó sin poderse levantar. La rápida reacción de sus compañeros fue clave para que el ictus no tuviera mayores consecuencias. Tras pasar una semana en la clínica Saint Michel, sus hermanos lo trasladaron a un hospital de Osakidetza, en su País Vasco natal. No acusó ningún signo de falta de movimiento.



Visita al Malí. Fabricación de cerveza local familiar a base de mijo.

A pesar de tener el labio inferior torcido, el mal no fue a más y se pudo recuperar con relativa facilidad.



El torrido calor obliga vestimenta

JUNTO AL LAGO

Poco a poco Miguel se recupera en Madrid. Ya de nuevo reincorporado a la vida habitual, en una primera etapa se ocupa de los misioneros de la orden que llegan enfermos de África. Igualmente apoya el boletín ACRE. Posteriormente toma responsabilidades en la Red África-Europa Fe y Justicia (AEFJN). Esta tarea marca una etapa de su vida de mayor sensibilidad hacia uno de los sectores más necesitados en Europa, la inmigración musulmana.

Tiempos nuevos demandan un nuevo concepto de misión, nuevas formas de presencia en el Sur. A decir de ellos mismos, la Red África-Europa Fe y Justicia nace en 1988 con el objetivo de colaborar en la creación de relaciones económicas más justas entre África y Europa y de desvelar la raíz de las injusticias económicas existentes. Está formada por congregaciones religiosas, misioneras, asociaciones y laicas/os que trabajan en África y Europa, testigos muchas veces de los daños producidos por políticas económicas y comerciales injustas. Según reza en su propia web, la Red la constituyen unas veintidós personas, representando unas quince congregaciones. La mayoría ha dedicado una parte importante de su vida a la misión. Toman en consideración las situaciones de pobreza que África conoce: escuelas, dispensarios, “acaparamiento de tierras”...

Un Miguel ya recuperado imparte igualmente en Madrid numerosas charlas sobre la experiencia argelina. Es entonces cuando se embarca también en la traducción y edición en castellano y euskera del cómic que relata la historia de los monjes de Tibhirine que tanta difusión ha tenido.

En el 2016 se instaló en la casa que tienen los Padres Blancos en Barañain (Navarra). Allí trabaja intensamente comprometido con la Iglesia y con el mundo, con la escuela social de esa localidad y a la vez con las comunidades cristianas más vivas de la capital navarra. Sigue atento al borde de la noticia, sobre todo aquella que tenga que ver con el Islam, ya sea por ejemplo la polémica cuestión de las clases de religión islámica en el barrio de Bustintxuri o las cuestiones derivadas de la importante mezquita de Tudela...



Los atardeceres calurosos, invitan a un diálogo reposado.

Entre conferencias, reuniones y misas..., siempre hay tiempo para un relajante paseo junto al lago a la puerta de casa. La pequeña comunidad la constituyen siete u ocho veteranos misioneros entrados en edad. Cada anciano que avanza con dificultad por los pasillos de la casa sería un testimonio apasionante y poderoso, un relato intenso como éste. Son

todos navarros y vascos que hallaron en el Sur su patria de adopción. Sólo volvieron cuando sus cuerpos comenzaron a fallar. Cada uno representa una vida entregada por entero a África. No logran quitarse al continente hermano de la cabeza. De hecho algunos, con sus más de ochenta años y con todos los achaques, todavía hacen escapadas una vez reúnen algún dinero y levantan allí una escuelita, o financian pequeñas cosas, como un pozo, una granja, una cooperativa...

Miguel se entregó en el tiempo y terreno que le correspondía y aún se sigue entregando, pues no sabe ser sin darse. Aunque no es dado a la nostalgia, a lo largo de todas las charlas mantenidas, aflora cierta satisfacción del trabajo cumplido en África y al que le ha dado una continuidad en la península. Esa nostalgia no le ha ganado, pues ha aprendido que se puede hacer mucho por el continente negro desde cualquier lugar. Su compromiso en el seno de los mencionados proyectos, así como sus labores de animación pastoral mayormente en Euskadi y Navarra han terminado de ahogar esos conatos de añoranza.

Confunde lo humano con lo divino quien no encuentra diferencia alguna en darse a Dios o hacerlo a los humanos. El servicio podrá ser, ya sobre la arena, ya sobre el parquet y las alfombras. Miguel se ha adaptado perfectamente a la nueva vida, a las nuevas formas de compromiso, a una labor más de despacho y de pantalla de ordenador. Dado su conocimiento del terreno y de la gente a la que se dirige la ayuda, se siente útil en compañía de las nuevas generaciones que trabajan por África. Prueba de ello la dan estas palabras suyas, en las que queda igualmente patente su apertura

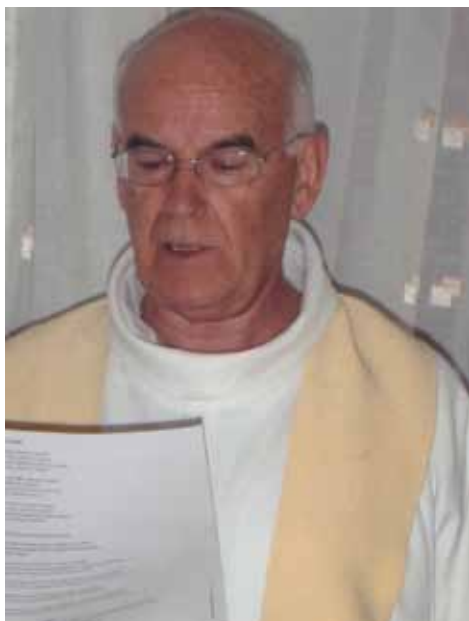
a la renovación y al aprendizaje imparable: “Me encuentro a gusto en todo lo que es ‘humano’, porque para mí es ya ‘divino’. Y en ese sentido, el conocimiento que tenemos de África, muy humano por cierto, contribuye a ver, a quienes se emplean en la ayuda, los problemas con otro talante. La experiencia y los contactos sobre el terreno pueden servir para orientar. Pero las nuevas generaciones de cooperantes nos traen por su parte una profesionalidad de la que muchas veces nosotros carecemos, sobre todo hablando en términos de organización y análisis de situaciones.”

Ancha hermandad

A la puerta de Miguel en el pequeño “cuartel” de los Padres Blancos en Barañain, han llamado dos profesoras de religión solicitando su firma para la implantación de clase obligatoria de religión. Cosecharon algunas firmas entre los compañeros de Miguel, padres que han dejado toda una vida en el continente hermano. Pero quizás desconocían que la firma de Miguel no iba a ser tan fácil de conseguir.

De hecho no la consiguieron, pero ello no fue óbice para que Miguel las recibiera y desplegara con ellas toda la efusividad y amabilidad que le caracterizan. Así es como les habló de una evangelización más basada en el ejemplo y en el testimonio, que en la predicación de la palabra. Quien durante tantos años ha dado a conocer un Corán humanista, no cederá ante los intentos de avance de una fe en detrimento de la otra.

El desierto funde las almas. No importa hacia dónde nos arrodillemos. No importa tanto las palabras que salen de los labios, sino el lenguaje del corazón. Por eso Miguel se emociona cuando se refiere a los hermanos que ha hecho en



*Eucaristía en la capilla de Ghardaïa:
centro y sentido de vida.*

el desierto, hermanos con los que se ha visto unido por lazos tan poderosos como los de la sangre. Quien no ha conocido las fronteras humanas, se resistirá igualmente a instalar aduanas de fe.

Mohamed Reggan era lo que Miguel denomina su “hermano” menor. A propósito de él afirmaba en una entrevista

que le hizo una publicación misionera: “Me han acogido de forma ejemplar. La hospitalidad del desierto no es ningún cuento. He tenido amigos como Mohamed, que fue como mi hermano, mi verdadero hermano hasta que murió, muy joven por cierto.”

Cuando se tenía que ausentar, dejaba la casa a su cuidado. Él atendía a las visitas tan bien como Miguel mismo, o aún mejor, porque a las noches se las llevaba a su casa, y su mujer les daba de cenar cabrito. Mohamed criaba cabras, pero algún mal le pasaron los animales que le iba poco a poco quitando la salud. Tenía unos quistes hidatídicos de gran tamaño en el aparato digestivo. Miguel le insistió que viajara a España, que él tenía un hermano médico y que le podrían atender debidamente. Mohamed no concebía abandonar su familia, su ganado, su desierto. Miguel se encontraba en la otra punta de Argelia cuando ese mal se estaba llevando la vida del amigo cabrero. Por teléfono le decía a su sobrino Omar: “¡Dile que me espere, que ya llego!”, pero el cabrero debía tener ganas de otro desierto aún más ancho... Cuando Miguel alcanzó el hospital de Adrar, en la entrada ya oyó los gritos y los lamentos de las mujeres y supo al instante que había muerto.

Tayeb era su otro “hermano”, éste ya el hermano mayor. Era el cocinero en la comunidad de los Padres Blancos en Ain Sefra. Aun teniendo una gran familia biológica, no supuso ningún problema aumentarla con un vagabundo que encontró tirado en la calle y que acogió en su hogar hasta la misma hora de su muerte. Esa era la gente a la que estaba y sigue estando vinculado Miguel. Aún hoy de vez en cuando habla por teléfono con el viejo cocinero.

Con Miguel no había los “bautizos a chorro” de los que eran testigos los Padres Blancos en el África negra. Todo lo contrario, él sólo hizo un bautizo en cuarenta años y éste a instancias del señor obispo. Nunca admitió el trato de “monseñor” al que tenía derecho desde que adquirió su condición de vicario. Un seminarista africano se lo hizo saber, pidiéndole Miguel que se olvidara de ello. Nunca marcó jerarquía quien sólo aspiraba a confraternizar con el pueblo llano.

Miguel nunca blandió la cruz, ni el doctrinario. Se sentía demasiado unido a las gentes del desierto como para anteponer su “verdad” a la de ellos. Optó por reunir las “verdades”, sobre todo los días y sus calores. Optó por el respeto escrupuloso de la fe de cada cual y si es caso lidiar en el terreno limpio y transparente del testimonio.

“Al fin y al cabo, proclama Miguel, el proyecto de Dios es que el ser humano crezca en humanidad. Ésta es la tarea de la Iglesia, por eso vino Jesús. Estoy convencido de que el modelo futuro de la misión será interreligioso, intercultural e interconviccional. A la vista de la coyuntura planetaria es una demanda a gritos.”

Altars

La sangre del amor se derramó en la época más cruenta de la guerra civil, entre los años 1994 y 1996. Los diecinueve mártires de Argelia van ya camino de los altares, a veces no tanto por el empuje de sus propias órdenes, sino de sus familias, que quieren ver a los suyos entronizados en santidad.

Lo de los altares se presta a su debate. Los Padres Blancos, y en concreto Miguel, no se desviven por encajar a alguno de los suyos en los altares. Se decantan más por el testimonio sincero, sencillo, fuera de los focos. Allí están las vidas para quienes se quieran acercar a ellas, ahí también el camino trazado para quien quiera seguirles. No están por lo tanto muy por la labor de mediar en la curia vaticana. No están por la búsqueda de “padrinos” para que los Padres Blancos puedan escalar los retablos del mañana. Hay una santidad registrada en otro mundo que no necesariamente ha de coincidir con el santoral vaticano.

Beatificación en Orán

La beatificación de los diecinueve religiosos asesinados en Argelia se celebrará en Orán a mediados de Septiembre de 2018. Allí se visibilizará la fidelidad de los mártires al pueblo de Argelia. En palabras de Miguel “Esta celebración quiere afirmar un modo de presencia en el país donde la amistad ha marcado el signo de nuestras relaciones. La amistad ha unido y une todavía cristianos y musulmanes en Argelia”

Para el misionero de larga vida en África esta amistad invalidaría precisamente toda sospecha de proselitismo, poniendo en evidencia que el mundo de hoy necesita más que nunca buscar el encuentro del otro, de todo otro. Testimonio de esta sólida amistad que trasciende las creencias sería la muerte Mohammed Bouchikhi, el chófer de Monseñor Claverie, obispo de Orán. Mohammed quiso mantenerse cercano al obispo, sabiendo los riesgos que corría poco después de los asesinatos de los monjes de Tibhirine.

Según el religioso enamorado del mundo árabe, cuando los familiares de uno y otro se encontraron en Roma en septiembre del 2015 para la entrega de la positio que la “Congregación para la causa de los santos” aceptó, el Obispo de Orán quiso asociar a la ceremonia a la madre, el hermano y la hermana de Mohammed. Allí se comprendió que se rezaba también por un mártir más, en una especie de comunión profunda de hombres y mujeres de cultura y religión diferentes.

El Padre Blanco reflexiona de esta manera al respecto: “Estas actitudes nos invitan hoy a ir más allá de los clichés sobre el islam, a sobrepasar el miedo del otro, que los medios de comunicación han vehiculado durante tantos años. Este gesto supone un espaldarazo fuerte y significativo. El objetivo no es construir una unanimidad fácil sino afrontar juntos estas apuestas comunes. No podemos dar la impresión de que las víctimas cristianas cuentan más que las víctimas musulmanas.”

Miguel desea que terminemos el libro evocando la memoria de los noventa y nueve imanes asesinados por no haber querido dar respaldo al extremismo violento, así como acercando igualmente el recuerdo de las ciento diez profesoras de francés también asesinadas por el mero hecho de enseñar una lengua extranjera:

“En 1981, cuando Moseñor Claverie fue consagrado obispo, se encontraban en la asamblea de la Catedral cientos de cristianos y algunas decenas de musulmanes. Quince años después, en las exequias por el mismo obispo, éramos unos



Notre Dame del Atlas en Midelt (Foto autor)

4.- APÉNDICES

“Dios es uno, la vida es una, la humanidad es una, el amor es uno.” (Corán II – 133; 140)

El Monasterio de Notre Dame del Atlas en Midelt, Marruecos, pertenece a la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia o Trapenses. Este monasterio, legatario del espíritu de Tibhirine (Película “De Dioses y hombres”), está situado en un extremo de la ciudad marroquí de Midelt.

“Consta de un monasterio y una pequeña iglesia. El conjunto parece un oasis en la caótica ciudad de Midelt. Se encuentra bajo la protección de un espacio amurallado de adobe donde se alza un pequeño campanario. El interior de la iglesia tiene una sola nave con un tejado de madera y cañizo. Destaca la escasa decoración y la sencillez de su mobiliario. En un lateral hay una pequeña ermita levantada en la memoria de los religiosos fallecidos a manos de los integristas argelinos donde han colocado las fotos de los siete hermanos de la orden que fueron secuestrados y asesinados en el Monasterio de Notre Dame del Atlas de Tibhirine-Argelia.”
(Fuente: www.darcordoba.com)

Ante la dificultad de la Orden de seguir manteniendo su presencia en Argelia tras el drama de Thibirine, decidieron instalarse en este Monasterio en la contigua Marruecos. Midelt pretende de alguna forma representar la continuidad de Tibhirine.

Allí me dirigí en busca de quienes están dando testimonio diario de esa cercanía con el Islam, que constituye también el credo de Miguel Larburu. En el Monasterio de Notre Dame del Atlas en Midelt tuve la suerte de poder entrevistar al monje español José Luis Campos. Así nos daba cuenta de esa cercanía:

“Con ellos hemos aprendido a vivir esa presencia constante de Dios. Con ellos hemos aprendido también un nuevo sentido del ayuno, del perdón, del arrepentimiento puro, de la reparación del daño causado... Son aspectos a los que el Islam les concede una especial importancia.

De cualquier forma, hay muchos aspectos concordantes con nuestra propia religión. Al fin y al cabo es el Espíritu el que inflama todos los credos. El espíritu se manifiesta en las diferentes culturas a través de las religiones. Estamos hechos todos a imagen de Dios. Todos llegaremos a la Verdad y nos disolveremos en ella.”

José Luis observa mucha coherencia entre la vida y la fe de los practicantes del Islam:

“Dios está más cerca de ti que tu vena yugular’ dicen los musulmanes. Lo profano y lo sagrado no representan para ellos compartimentos estancos, todo es un conjunto. Ello es algo que hemos perdido en Occidente, donde contemplamos dos esferas distintas: la vida social y la espiritualidad. En el Islam esas dos esferas están integradas. Me consta que para muchos en Occidente eso representa un atraso. Para mí no lo es, más al contrario representa una coherencia, una vivencia más intensa de la fe.

En el monasterio de Midelt he tenido igualmente el gozo de entrevistar a Jean-Pierre Schumacher, de 87 años de edad, único sobreviviente del drama de Tibhirine, entero testimonio humano de la más pura compasión y perdón. Después allende los muros del monasterio recabé otro testimonio de cercanía al Islam inolvidable. Arriba en la montaña tuve la suerte de entrevistar a Marie Vaillé, misionera franciscana de María, anciana y veterana misionera del amor y de la vida. Conformo pequeña comunidad con otra hermana enfermera, Bárbara, compartiendo los días de forma humilde y solidaria con las gentes nómadas bereberes en las estribaciones de los Atlas.

Las entrevistas están precedidas de una reflexión a la vuelta de esa estancia tan fecunda entre quienes han sido, al igual que Miguel, evangelizados por el desierto y sus montañas.

1.- Memoria de Midelt

No vuelvo con anchos desiertos a la espalda, ni con exceso de estrellas en las pupilas, ni de arena en los bolsillos, pero sí con el brillo de las miradas que fui a buscar y que encontré en esta pequeña pero emergente población al pie de los Atlas. Los viajes toman sentido tras cruce con esas miradas colmadas de profunda calma y gozo internos. Arranca en el aeropuerto de Casablanca el motor del avión y con la paz de la altura llega el momento también de ordenar las notas y los recuerdos. Se eleva la nave y doy gracias a Dios por esas miradas que se cruzaron y me bañaron, a saber también en qué medida sanaron.

De vuelta a casa sobre un Atlántico inmenso, voy trayendo al cuaderno lo vivido los días pasados en Marruecos. Grato ejercicio el de acercar al mundo el testimonio de quienes allí lejos todo lo dan. Pasaría los días entrevistando a esa suerte de humanidad fuera de lo común, intentando transferir su fuego intransferible. ¡Quién conquistara en la vejez esas canas de una vida colmada de obras y de empleo en un incondicional servicio! Hablaremos de ellos y con ellos/ellas. Nos sentaremos en sus esterillas de paja, a la vera de sus humildes cocinas de codiciada leña, al pie de su tajo de permanente entrega..., e iremos sonsacando su testimonio sin tacha.

El viaje me ha dado la oportunidad de acercarme a un Islam más amable, genuino, original. Junto a esas miradas brillantes, también buscaba poder observar de cerca la manifestación de una fe que en occidente tanto nos interroga. Al no tenerse que expresar el Islam allí a la defensiva, se nos revela muy a menudo generoso y hospitalario.

Dada la omnipresencia de lo occidental, uno puede incluso llegar a comprender el celo del musulmán en la defensa de lo propio. Sentado en diferentes alfombras junto a un té verde cargado de azúcar, vi ese celo y firmeza, pero también nobleza en el corazón y la palabra de los interlocutores. Vi vidas guiadas por el amor a Alá, no tanto por el temor hacia Él. Vi una devoción antigua, pero sincera y sobre todo sonrisas enteras en sus rostros. A fe que reímos mucho y la sonrisa y su fuerza liberadora, su potencial de apertura y generosidad es la más sólida garantía ante el fundamentalismo. De cara a la Meca el musulmán se rinde al Absoluto,

humilde, agradecido varias veces al día y se rinde en grupo, sin necesidad de intermediario, transformando en templo cualquier lugar. Tenemos tanto que aprender los unos de los otros. Ojalá el futuro sea el más ancho espacio que jamás la humanidad creáramos para el mutuo aprendizaje y fecundación.

Vi el sano y entrañable abrazo entre civilizaciones en la esfera de lo pequeño y cotidiano. Paseando por la kasbah de Midelt, literalmente de la mano de una hermana de también 80 años, observé en cada esquina el aprecio que sus humildes vecinas profesaban por esta monja, por nombre Monique. En esas conversaciones en árabe que nada entendí, pero que observé rebosaban de mutuo afecto, pude contemplar los mundos diversos que se reconocen, se respetan profundamente y se gozan en el encuentro. El abrazo de civilizaciones puede comenzar con el abrazo de las miradas en las callejuelas oscuras y sucias de un laberinto de barro.

Bien es verdad que entre muros también sentí el peso de la religión y su legado en mi fuero interno. En el monasterio, las campanadas a la vigilia me sonaban algo lejanas, como si el tiempo de las oraciones sólo leídas o memorizadas ya estuviera llegando a su fin, como si hubiera que dar vida a una nueva oración más sentida, más viva, más en círculo... Hasta el amable adobe de un monasterio puede ser jaula si el espíritu no se recrea, no renace a cada instante. Sí, la esencia liberadora de la oración puede estar también en los libros manoseados, pero sobre todo habrá de hallarse entre los pliegues del alma.

Me quedo con aquella puerta siempre abierta, con aquella choza a la que la gente de la aldea montañosa llama diariamente en busca de ayuda o socorro. Me escondo en su austero oratorio, desnudo de todo menos de invisible vida y de aurora. Me quedo con su anciana moradora, con la pregunta sempiterna, una y otra vez renovada en cada viaje: “¿Habrá alguna persona más feliz que aquella que se entrega por entero a los necesitados?”. Sí, abajo rezaban todo el día, pero sin pretender para nada contraponer lo que en realidad se complementa, me quedo con la oración-vacuna, la oración que deletrea junto a los niños las letras, la oración-aliento, amparo, compañía... Me quedo con la oración que es ascenso a las alturas en busca de los nómadas bereberes que necesitan atención y medicina...

De seguro que contemplación y acción mutuamente se nutren entre sí, pero, aún con toda mi admiración por la vida monacal, los salmos y las letanías no se han renovado en cientos de años y el amor y la entrega al prójimo se actualizan a cada instante. El impulso hacia fuera y hacia dentro son las dos caras del mismo Impulso, pero arriba en la montaña todo son renunciaciones y el viento corta en los meses de invierno y las nieves cierran los caminos y hunden las lonas...

Desde estas alturas del avión habría que saber observar el mérito en todo, pero las palabras se reúnen solas para glosar el ejemplo mudo. Valle y montaña, oración y acción y en medio, en el verde allí casi lujurioso de la ribera, se amontonan todos los interrogantes junto al inmenso vergel de manzanos con sus frutos estos días rebosando.

Creo en aquella Iglesia africana, ensayada en el encuentro interreligioso sincero, Iglesia de abajo y de arriba, de piedra y de barro, pero algo empuja a acampar allí, junto a las moradas fundidas en el paisaje, más allá de los manzanos, al amparo de las altas cumbres, donde cantan los torrentes, donde se renueva a cada amanecer, en cada llamada a la puerta, el genuino amor cristiano. Creo en esa Iglesia que no pone ni siquiera una cruz en sus pobres casas de paja, barro y guijarros, que sabe del anatema del proselitismo, del poder del contagio del ser y del obrar, nunca del catecismo o su palabra moribunda; Iglesia anónima y valiente que remonta las alturas, hasta esas lonas bajo las que se protege el nómada enfermo y necesitado...

No pude contribuir a los salmos, sumarme a las letanías... Mis vigiliass se quedaron a medio recitar. El motor en marcha del vehículo era el sonido que en verdad aguardaba. La mirada escudriñaba furtiva al reloj en medio de la solemnidad de los oficios. Al fin y al cabo son ellas, en este caso las monjas franciscanas de María, las que nos instruyen en la lección siempre pendiente de más y más entrega.

El ánimo se encendía en el momento de tornar la llave de contacto, de arrancar el vehículo camino de la montaña. La clave seguramente estriba en integrar lo aparentemente opuesto: las manos que se juntan en la oración y las manos que siembran, que curan y acarician. Contemplación y acción o la búsqueda al fin y al cabo de una armonía nunca fácil de alcanzar.

Dice el comandante que sobrevolamos ya la gran ciudad. Se agota el tiempo Casablanca-Madrid en esta ventanilla felizmente soleada. Antes de caminar de nuevo el asfalto y sumergirme en su marabunta, aprovecho hasta el último instante el privilegio de esta atalaya. Apuro este recogimiento que surca nubes y cielos, para dar gracias por todo lo vivido y que aquí comparto. La nave se lanza ya a tierra, pero mi oración todavía sobrevuela los Atlas, permanece entretenida, derramando fuerza y coraje a esos hombres y mujeres bravos, que son Cristo vivo en las amarillas, soberbias y desnudas montañas de Marruecos.





**2.- “Hace falta encender pequeños fuegos
de esperanza por toda la tierra”**

**Entrevista a la hermana Marie Vaillé,
franciscana de María.**

Su mejor carta de presentación es su propia presencia de anciana silente, tremendamente amable y reservada, sumamente humilde. Sin embargo esa expresión sencilla, recatada, no puede, por más que lo intente, contener un gozo particular. Es el gozo singular, único e inconfundible, absolutamente inigualable de una entera vida dedicada al prójimo. Ese gozo por más que ella lo disimule, se desborda por cada uno de sus poros.

Paz sumada a más paz. Primero la paz que emana la propia Marie Vaillé, y sus cabellos de blanca madurez, esta franciscana de María a pie de fuerte entrega y compromiso, a pie de las enormes montañas de los Atlas en Marruecos. Debe ser la paz de servir en el fin del mundo, al término de una larga y dificultosa pista; de estar siempre con las puertas abiertas y las manos dispuestas. Debe ser la paz de estar en el lugar preciso, realizando la labor adecuada, de compartir las mismas paredes de barro que sus vecinos, el mismo destino, su mismo calor abrasador en verano, su mismo y blanquecino paisaje en invierno. Después la paz de un entorno de remota belleza, paisaje ocre de belén al que apenas alcanza el verdor de los manzanales donde trabaja, en ese tiempo casi otoñal, buena parte de los vecinos.

Subimos dos veces desde Midelt a la aldea de Tattiwine a pie de los Atlas en nuestro rastreo de esa entrega absoluta. La primera vez no encontramos a las hermanas, pues habían partido a la alta montaña, al encuentro de los nómadas para llevarles socorro y medicinas. La segunda vez tenemos la suerte de dar con ellas. Llamamos a la puerta ya abierta de una choza más, una casita de barro junto a tantas otras, nin-

gún signo católico, ni una sola cruz en la puerta. No hallamos la más mínima ostentación, sólo el más supremo y exquisito respeto: “La gente ya sabe dónde están las hermanas...”

Su pequeño hogar, humilde entre los humildes, no alberga tampoco especial comodidad. Hasta no hace mucho curaban allí mismo a los enfermos. Ahora ya disponen de un dispensario aparte. Una sencilla habitación casi desnuda, sin apenas ornamentación, hace las veces de capilla. Todo apunta que es allí donde toman la fuerza para después salir al mundo, fuerza renovada y reciclada cada día, fuerza de un Espíritu que jamás las abandona. Cuando reciben visitas es también el espacio de acogida para pasar la noche.

Estamos en la pequeña comunidad de la orden de las franciscanas de María en Tattiwine. Viven en esta aldea beréber a 15 kilómetros de Midelt (50.000 habitantes), en un extremo del caserío casi de cuento, si no fuera por una austeridad que raya la pobreza. En estos momentos sólo dos hermanas conforman la comunidad, Bárbara la enfermera de origen polaco que tiene a su cargo el dispensario y la propia Marie, la hermana ya entrada en años, que se ocupa de los más pequeños en el pueblo. También animan una cooperativa local de prendas, chales, colchas, mantas, macutos... confeccionados artesanalmente con telares.

La entrevista apenas dura media hora, pero en ese tiempo somos testigos de cómo la gente acude a donde ellas en busca de ayuda. Somos interrumpidos por niños y ancianos que vienen a su encuentro. Huelga la pregunta de si son felices allí. Pero en el deseo de hallar ese secreto secretorum que ellas, sin lugar a duda alguna, detentan, se precipita tan indiscreto interrogante...

Se ve que es Vd. muy feliz aquí... ¿La felicidad se halla a pie de estas montañas?

Sí, eso es cierto. Soy verdaderamente feliz aquí. Así es. Como puede ver, la gente entra aquí, viene, va... Es una vida muy familiar en medio de las montañas.

¿Qué la trajo hasta aquí...?

Bueno, en realidad me han enviado... Somos enviadas. Cuando llegué a Marruecos tenía ganas de venir a Tattiwine. Las tres hermanas que estaban aquí mudaron al mismo tiempo, así que me dijeron: "Tú has deseado siempre ir a Tattiwine... Sí es mi gran deseo, contesté..."

¿Qué ha encontrado Marie en las montañas del Atlas marroquí?

Una acogida excepcional. Es una suerte de fraternidad muy fuerte. Las gentes se abren enseguida. Ahora que vivimos aquí o antes cuando estábamos en la tiendas, a menudo nos decían "venid", "entrad"... Al principio cuando marchaba Bárbara y me quedaba sola en la casa, no querían por nada que durmiera sola. Las madres me decían que bien fuera a dormir a su casa o bien me enviaban a una hija para hacerme compañía.

Ya conocía el sentimiento de acogida marroquí, pero no hasta este punto. Aquí es muy grande. Por lo demás todo se comparte. Vienen a traernos pan, huevos..., lo que tienen en ese momento que no es nunca mucho. Ahora es época de manzanas, pues ya nos ha llegado una mujer que nos ha traído una bolsa llena de manzanas. El espíritu de compartir aquí es extraordinario. El marroquí es de por sí muy hos-

pitalario, aunque eso ya no se vea en las ciudades. En los grandes núcleos urbanos es como en Europa. Cada quien en su casa.

¿Al volver a Francia qué encuentra...?

Es muy diferente. Me digo a mí misma: “¡Estoy mejor en Tattiwine...!” (Sonrisas) Antes ese género de acogida reinaba por doquier. Ahora se imponen cada día más los valores de ganar y ganar, de tener más, del bienestar individual... Aquí también va penetrando esa cultura materialista, aunque todavía hay diferencia con respecto a Europa.

¿Cuál es concretamente su labor?

Tenemos el dispensario que lleva Bárbara que atiende a la gente del pueblo y a los nómadas de la región. Por mi parte atiendo a los chavales que están retrasados en la escuela y a los que aún no tienen edad escolar. También promovemos una cooperativa de trabajo artesanal compuesta por mujeres.

Las hermanas que estaban con anterioridad a nosotras comenzaron con la cooperativa para que las mujeres pudieran tener un poco de dinero. En la cooperativa eligen su propia presidenta del lugar. Hay también una amiga nuestra francesa que les ayuda con las cuentas.

Aquí apenas se vende, únicamente a algunos turistas que se acercan hasta la aldea. Intentamos hacer exposiciones en Casablanca, Tánger, Rabat... Una hermana nuestra, Montse, es la que se encargaba de establecer estos contactos, puesto que la gente adulta es toda analfabeta. Ahora sin embargo

todos los niños van a la escuela. Los jóvenes han ido también a la escuela. Tenemos puesta mucha ilusión en que esto marche.

¿Le dan mucho trabajo los pequeños?

Comenzamos a dibujar, a colorear... Aprendemos también a hablar, a cantar. Tienen que aprender el árabe, puesto que ellos saben el beréber y al ir a la escuela se encuentran con que todo es en árabe. Yo hablo un poquito de árabe, un poquito de beréber, pero me ayuda una mujer del pueblo que sabe francés, árabe y también beréber. En el tercer año de permanencia en la escuela ya aprenden el francés. Los chavales sólo tienen tres o cuatro horas por la mañana de clase, con un profesorado que no está especialmente motivado. Cuando llueve o nieva ni siquiera vienen. En invierno están a menudo ausentes y eso es duro, es difícil.

¿Perspectivas de mejora de esa situación?

Ahora se está construyendo una casa comunal, en la que va a haber dos salas para el preescolar, otras salas para la asociación de jóvenes y otra para acoger a niños que viven en las montañas. Se trata de poderles proporcionar a un pequeño grupo de niños nómadas, además de escolarización, un lugar donde comer y dormir.

¿Cómo se manifiesta aquí el diálogo interreligioso?

Aquí el diálogo interreligioso es en realidad el diálogo de la vida. Las gentes saben aquí que nosotras somos religiosas, que nosotras rezamos y nos respetan. Nosotras también, como no podía ser de otra forma, respetamos sus plegarias, sus ceremonias... A la postre es ese exquisito respeto mutuo

lo que conforma el diálogo. No hablamos de religión. Vivimos con ellos. Se dan cuenta que vivimos igual que ellos, en las mismas condiciones. Se dan cuenta de que no deseamos cristianizarlos, ni de aprovecharnos de ellos. Es así como llegamos a ser considerados unos más entre ellos.

Mucho aprecio por lo tanto por parte de la comunidad...

Sí, nos llegan a decir: “¡Sois nuestras hermanas!” Por supuesto nosotras les consideramos a ellos igualmente como nuestros hermanos. Es entrañable. Finalmente es así como se manifiesta el diálogo interreligioso, más que con bellas palabras y demás... Lo importante es que cada quien pueda vivir su propia fe allí donde se encuentra, de forma sencilla y natural. Lo importante es la manifestación de amor genuino hacia los otros...

No hay siquiera un crucifijo en la puerta de su casa...

No, no. No estamos aquí para hacer prosélitos. Toda la gente del pueblo sabe que nosotras somos creyentes y que estamos aquí, disponibles... Cuando las gentes pasan dicen: “He ahí a las hermanas...” La misma gente del pueblo nos envía a las personas que están necesitadas.

¿Han llegado a rezar juntos?

Hemos rezado dos o tres veces juntos. No es habitual. Antes venía el Padre Antonio desde Midelt todas las semanas a impartir la misa. Toda la gente le conocía. Cuando él murió se hizo una sadaqa, es decir una comida religiosa en su honor. Es una comida y al mismo tiempo es una ofrenda. Por ejemplo cuando alguien enferma y finalmente se cura también se hace una sadaqa con la finalidad de agradecer esa curación...

A la “sadaqa” que organizamos por Antonio vinieron incluso los nómadas de la montaña. Hicimos comida para toda la gente e invitamos a los Fiquis que son quienes dirigen la oración en la mezquita.

¿Los Fiquis?

Sí, como los imanes, pero éstos habitualmente tienen estudios. Los Fiquis no los tienen.

¿Cómo transcurrió la “sadaqa”?

Primero recitaron ellos sus plegarias y después nos llegó el turno a nosotras. Rezamos el Padre Nuestro y cantamos dos cantos en árabe. Esa fue nuestra oración conjunta. A la muerte de Juan Pablo II hicimos otro tanto, sadaqa con oraciones. Primero los Fiquis y después nosotras, mientras que los asistentes escuchaban con un gran respeto.

Ellos saben que nosotras respetamos su religión y ellos respetan la nuestra. Cuando vienen a casa y saben que estamos rezando, ellos esperan.

¿Este diálogo de la vida a un nivel reducido puede trasladarse a una esfera más amplia, puede transformarse en universal?

Sí, debería ser algo más universal. Sí son precisas las oraciones, los templos para encontrarse..., pero para Dios las oraciones no son mejores en función de su marco religioso. Dios no se congratula más con unas oraciones que con otras. Dios es más grande que todo lo que imaginemos.

¿Cuál es la esperanza para este mundo?

El problema es que a la gente le falta precisamente la esperanza. Estamos faltos de esperanza. La falta de esperanza

representa la muerte. Yo abrigo la esperanza de que un día todas las gentes nos vamos a reencontrar. Vamos a comprender que es preciso amarnos verdaderamente. Nos vamos a dar cuenta de que no merece la pena pelearse por un poco de petróleo, por un trozo de tierra o a saber por qué... No sé cuándo, pero los jóvenes algún día se reencontrarán en la esperanza. Hace falta encender pequeños fuegos de esperanza por doquier, esos pequeños fuegos un día alumbrarán la tierra entera.

¿Y el futuro de la Iglesia?

Yo abrigo también la esperanza de una Iglesia más vinculada al propio pueblo, que entre más en la vida de la gente. Es preciso que la Iglesia esté más con los pobres, con los pequeños y olvidados... Obrando así la Iglesia se convertirá en lo que en verdad está llamada a ser. Convendría retomar el valor de la simplicidad, pero simplicidad con amor, de lo contrario la simplicidad no representa nada... Convendría retornar al espíritu de los primeros cristianos.

¿Qué necesita nuestro mundo?

Hace falta amor para comprender que el otro es, al igual que yo, imagen de Dios y que por lo tanto no le puedo hacer mal, más al contrario estoy llamado a ayudarlo. Estamos llamados a vivir y trabajar juntos y en unión.

¿Son duros los inviernos aquí?

Sí lo son. Nieva mucho, aunque no todo el tiempo. A veces nos podemos quedar hasta tres o cuatro días sin poder salir del pueblo. Cuando la nieve se deshiela, el barro lo invade todo.

¿Y la Navidad...?

La Nochebuena la pasamos aquí. Invitamos a las mujeres y los niños a nuestra fiesta. Les damos chocolate y galletas. Les convocamos a la fiesta de Nuestra Señora María. Ellos al fin y al cabo creen también en María, la madre de Jesús. Ella se encuentra en el Corán. El día de Navidad bajamos a Midelt.

¿Para los nómadas de más arriba en la montaña será aún más duro el invierno?

Sí lo es. La nieve hace a menudo que las tiendas se caigan. Es por ello que cuando llegan los días más fríos, bien se meten en las cuevas, bien descienden a cotas más bajas. Los más pobres no se pueden mover y se quedan. Hace falta camión para llevar la tienda, las bestias, los utensilios... y para ellos es caro. Unos y otros vuelven en el mes de Mayo.

i





Hermano Jean Pierre Schumacher(Foto autor)

**3.- “Hay que vivir esto como algo muy bello,
muy grande, hay que ser dignos”**

**Entrevista al hermano Jean Pierre Schümacher,
único superviviente del martirio de Tibhirine**

Siempre creyó que Tibhirine era su lugar para toda la vida. No en vano pasó en el monasterio treinta y dos años de su vida. La violencia le ha apartado de aquel lugar querido y se ha llevado la vida física de sus compañeros, sin embargo ni asomo de rencor en su mirada. A pesar de todo, el gozo del anciano monje nunca se ha apagado. ¿Será por eso que vienen de todas partes a Notre-Dame de l'Atlas en Midelt a visitarle? ¿Será por esos ojos de felicidad que han vencido al tiempo, al mundo, por supuesto a la aparente tragedia, será por esa fe ya medida en la más extrema frontera...?

La alegría que le desbordaba cuando llegó en el año 1964 en un “dos caballos” al monasterio trapense de las montañas del Sur de Argel, le sigue acompañando. Un niño salió entonces a su encuentro sentado en un burro para darle la bienvenida. Desde entonces el Magreb ha sido su casa. Junto a la ventana de su celda recién estrenada podía contemplar el muro, la huerta y el pueblo a lo lejos. No le apenaba en absoluto pensar en un mismo paisaje para el resto de sus días.

Hubo de cambiar de muro, de huerta, de “pueblo a lo lejos” y sin embargo los mismos desiertos cercándoles, el mismo nutrirse del Islam cercano, el mismo eco de los almuédanos llamando a la oración. Hubo de cambiar de compañeros y sin embargo la misma fe inquebrantable, el mismo gozo a prueba de atrocidades y decapitaciones en serie.

Nos acercamos no sin enorme pudor a este anciano de sonrisa imperturbable en su monasterio de Midelt donde se encuentra desde 1999. Tanta gente ha viajado al pie del Atlas marroquí y sentado a su vera, pidiéndole relato de lo suce-

dido en Tibhirine, pero sobre todo consejo y esperanza, que no deseamos apenas privarle de su merecida paz. Nos sentamos juntos en la sala contigua a la pequeña capilla de los mártires, imaginando una entrevista corta de mera cortesía. La tarde se fue llenando sin embargo de sus palabras de fina, pero clara voz, de contundente mensaje cargado de amor genuino y compasión. No hay titubeo, ni memoria atascada a sus ochenta y siete años intensamente vividos. Lo que pensé sería un protocolo de escasos minutos se alarga en una entrevista de dos horas. Quizás intuya Jean Pierre que la mejor inversión de los días que le restan en la carne sea la propagación del ideal eterno del perdón.

Decía el hermano Luc, el más anciano, el cocinero y a la vez médico, con esa inocencia suya cargada de humor: “¿Qué nos puede pasar? Que caminemos hacia el Señor y nos sumerjamos en su ternura. Dios es el gran misericordioso, el gran perdonador...” Quiso la Providencia que no todos los hermanos se sumergieran aún en esa infinita ternura. Hacía falta alguien para que nos lo contara. Charlamos largo con el único superviviente de la matanza de Tibhirine, del asesinato de los siete monjes franceses en Argelia en 1996, el hermano Jean Pierre Schumacher.

Argelia y el Islam eran para el padre Christian, el prior de Tibhirine, cuerpo y alma por los que dio su vida. Jean Pierre conoció bien “su pasión interior por descubrir el alma musulmana y por vivir esta comunión con ellos y con Dios, permaneciendo un verdadero monje cristiano”. De esa pasión por el encuentro, de esa tan profunda vivencia del perdón por parte de toda la comunidad de monjes, de su pro-

pio itinerario particular..., hablamos con el hermano Jean Pierre.

¿Cuándo desembarcó Vd. en este continente?

Llegué a África el 19 de Septiembre de 1964, dos años después de la guerra de la independencia de Argelia. El Monasterio de Tibhirine existía desde 1937. Al término de la guerra la inmensa mayoría de los franceses dejaron el país. Aquello era peligroso. Las autoridades de Roma pensaban que no merecía la pena quedarse allí. Estuvieron a punto de cerrar.

¿Qué encontró al llegar?

Cuando fui nombrado para ir a África en misión me puse muy feliz. Nos advirtieron que íbamos a un Estado socialista, por lo que era preciso mantenerse discretos. Tras la revolución el monasterio se quedó únicamente con 12 hectáreas y era necesario vivir con ello. Nos encontrábamos en una zona absolutamente islamizada, por lo que se trataba de establecer vínculos con el Islam.

El Concilio Vaticano recién había finalizado también en 1965. Nos llegaron documentos nuevos regulando las relaciones con el resto de las religiones. Ya no se trataba tanto de convertir a los otros, sino de vivir con ellos.

¿Qué le ha dado África?

Una calidad de acogida Esa acogida es sobre todo evidente aquí con los beréberes de Marruecos. En Argelia esa acogida era más austera. El beréber es por naturaleza más abierto que el árabe.

He visto también una relación con Dios que llena plenamente sus vidas. Ellos repiten: ¡Bismillah!, que quiere decir “en el nombre de Dios”. Es una forma de tener bien presente a Dios en todo momento. Le recuerdan especialmente antes de toda acción. Él está presente por doquier y todo se hace en su honor. Esa vida tan cerca de Dios es lo que me impactó desde el principio. Observo por ejemplo cómo el albañil que trabaja en el monasterio vive muy cerca de Dios. Ha prolongado su último Ramadán. Diariamente nos invita a té con menta y un pequeño bocadillo con sardinas.

¿Algo diferente a lo que ocurre en Europa?

En Europa no es corriente hablar de Dios. Pocos jóvenes acuden a la Iglesia, han perdido la fe. Parece que hubiera una suerte de temor a mostrar la fe y a referirse a Dios de forma habitual. Aquí es sin embargo normal. No obstante el impacto de la televisión y de los medios de comunicación también está afectando aquí, constatándose una pérdida de fe entre los jóvenes. Su evolución va en el mismo sentido en uno y otro continente.

¿Cuando vuelve Vd. a Francia, qué se encuentra?

No estoy muy al tanto de lo que ocurre en Francia. La última vez que estuve allí fue en el año 1998, para la ordenación episcopal de un amigo. Aquí no tenemos televisión. Tenemos una sola radio. El prior, por nombre también Jean Pierre, escucha las noticias y si oye algo importante, nos lo comunica. Recibimos también el periódico católico “La Croix” con tres días de retraso.

¿En algún momento, ganas de dejar el monasterio...?

No, nuestro voto es de quedarnos siempre en el monasterio. Aquí el voto es más relajado, pues no podemos vivir de una forma cerrada. Nosotros somos extranjeros y si viviéramos enclaustrados la gente no comprendería eso. No tenemos actividades sociales, pero sí es preciso que, cuanto menos, exista una relación.

¿Cuáles son sus vínculos con la comunidad islámica?

Vamos a sus fiestas religiosas, a sus entierros. Participamos habitualmente de la sadaqa que es una “comida religiosa” que se realiza en honor de quien muere. Van con el cuerpo a la mezquita y después lo llevan a su casa a hombros. Nosotros les esperamos en la casa. Es una forma de expresar que estamos con ellos, también en esos momentos dolorosos.

Recientemente hemos acudido a una sadaqa. En algunos momentos de la comida, ésta se interrumpía para hablar del fallecido, para leer un sura del Corán... Por cortesía para con nosotros, eligieron a propósito un texto que hablaba de la Madre María. Después nos preguntaron cómo veíamos nosotros a María. En otras sadaqas he llegado a leer yo mismo textos del Corán. Lo nuestro no es un encuentro teológico, sino un encuentro en la convivencia, en la cordialidad. Hace unos meses murió también un joven militar en los disturbios del campamento de protesta a las afueras de El Aioun. Estuvimos igualmente en ese entierro. También hemos estado en ceremonias de circuncisión. Nosotros lo respetamos pues es una costumbre muy arraigada aquí. Después de esa ceremonia danzan juntos.

¿Cómo era Christian?

Muy sensible a todo lo relativo al Islam. Tenía una vocación especial. Podíamos definirlo como “islamocristiano”. Todo comenzó muy joven cuando tenía cinco años y su padre era militar antes de la independencia de Argelia. Vivían a las afueras de Argel. Veía a los hombres postrados rezando y le preguntaba a su madre por lo que hacían. Ella le respondía: “Ellos rezan al igual que nosotros. Tienen el mismo Dios vivo que nosotros”. Esto le marcó de por vida. Cuando sus amigos se mofaban del Islam, él jamás.

Posteriormente fue como seminarista a París, pero volvió a Argelia para hacer el servicio militar. Durante el servicio estaba en una zona muy peligrosa del sudoeste llamada Tia-bet. Él tenía un cometido social en esa región montañosa. Sufrieron un ataque guerrillero y uno de los asaltantes salió en su defensa, alegando que había hecho mucho por los necesitados. Efectivamente le libraron, pero después encontró que a su defensor lo habían colgado. Ese amigo musulmán fue asesinado en represalia por su solidaridad con Christian.

¿Aquello le marcó?

Efectivamente. Un musulmán había llegado a la cumbre del evangelio: “No hay amor más grande que el del que da su vida por sus semejantes.” Eso le marcó a Christian para toda la vida: “Un musulmán que libremente se había expuesto por él, que había dado su vida por él”.

Christian se propuso que, una vez nombrado sacerdote, volvería a Argelia para servir al país. Decidió devolver al pue-

blo argelino el gran favor que le había hecho aquel hombre. Y cumplió. Al principio sirvió en “Sacré Coeur” de París. Él se podía haber quedado allí, pues tenía buenos estudios que le permitían mantenerse en un puesto cómodo. Sin embargo decidió entrar la orden de la “Trapa”, hacerse monje trapense.

Se instaló primero en el monasterio casa-madre de los trapenses de N.D. de l’Atlas de Tibhirine en Francia, “Aiguebelle”. Posteriormente vino a nuestro monasterio en Tibhirine pero entendimos que convenía culminara sus estudios sobre el Islam. Su conocimiento nos iba a resultar muy útil. Así permaneció en Roma dos años estudiando con los Padres Blancos en su centro de estudios pontificios sobre el Islam.

¿Estaba por lo tanto formado en todo lo referente a la cultura y la religión musulmana?

Sí, muy instruido. Tenía dentro de sí una necesidad de conocer el fondo del alma musulmana. Estaba muy interesado por la corriente sufí. Meditaba sobre el Corán, leía la Biblia en árabe y meditaba también sobre ella.

Volvió a nuestro Monasterio. Nos invitó a hacer el Ramadán, pero nosotros nos resistíamos, entonces. Nos resultaba excesivo. En el tiempo del Ramadán, durante las comidas, Christian tomaba el lugar de quien hacía la lectura y no comía. Era muy fuerte. Deseaba comunicarnos lo que él vivía interiormente. Deseaba darnos cursos, conferencias..., de modo que surgió una cierta tensión en el seno de la comunidad. Había quien estaba allí desde el año 1946, como Luc. Este hermano había estudiado y escrito libros sobre el tema de la nutrición y la medicina popular.

¿Había por lo tanto visiones diferentes con respecto a lo que debía ser la relación con el Islam?

Nos resistíamos a adherirnos a sus tesis. Incluso el general de la orden nos visitó y nos invitó a superar aquella crisis, por lo demás normal en el seno de una comunidad. Subrayó que la vida en comunidad no exigía la uniformidad, sino que había de contemplar la unidad en diversidad. “Diversos pero uno”, nos vino a decir nuestro responsable.

No sé si hago bien en decirlo, pero Christian nos llegó a proponer hacer oficios en árabe en “l’hôtellerie”, pues él se encargaba de ella. Él aspiraba a algo con una gran fuerza interna, que nosotros no podíamos comprender.

¿Siempre mantuvieron una relación fraternal a pesar de todo?

Siempre. La tensión jamás llegó a la división. Pudimos comprender que nuestro reto era armonizar las diferencias. La tensión es al fin y al cabo una expresión de la vida. Es preciso la presencia abierta y dialogante en medio de esas tensiones. El diálogo exige un respeto del otro tal como él es.

¿Cómo superaron aquello?

En 1979 se genera una crisis. En medio de ella, Christian decidió hacer un retiro con los hermanos de Foucauld en una de sus comunidades de Argelia. Al cabo de los dos meses concluyó que deseaba quedarse con nosotros. Algo había evolucionado dentro de él.

Christian volvió a Thibirine y ocurrió que en aquel entonces entramos en contacto con unos estudiantes sufíes. Ellos estaban en la ciudad cercana. No buscamos ese encuentro, esa situación, nos vino sola. Celebramos diferentes oraciones

juntos. No deseaban hablar de teología conscientes de que la teología divide. Se trataba de compartir el camino por el que unos y otros vamos hacia Dios. Formamos un grupo de diálogo por nombre Ribat es-Salam (“Vínculo de paz”)

¿Aquello colmaría las aspiraciones de Christian?

Así fue. Aquello le colmaba. Estaba muy contento por ese acercamiento al Islam. Rezamos juntos en silencio. Dios es luz y bastaba encender la vela para que arrancara y se desbordara ese silencio. Ello supuso una unión muy profunda entre nosotros. Nos ayudó a explorar la vivencia espiritual de ellos. Estábamos juntos delante del mismo Dios.

Nos preguntábamos maravillados: ¿Si esto va a seguir, a dónde nos va a llevar? Era difícil responder. Era un compartir muy grande que nos reveló una hermandad por encima de la religión. En aquellos momentos encontramos la esencia de nuestra presencia en medio de los musulmanes. Es decir, para nada con el objetivo de convertirles, sino para ir juntos, mano con mano hacia Dios, cada quien manteniendo sus señas de identidad. Aspirábamos a convertirnos en mejores seres, descubriendo unidos el camino de perfeccionamiento (tarika) hacia Dios.

¿Qué descubrieron en ellos?

Vivían mucho de lo que nosotros también vivíamos. Para ellos el dolor purifica el corazón. Tenían igualmente un alto ideal de pobreza. Bien es verdad que su relación con Dios es directa, sin mediar intermediación alguna. Cantaban muy bello a diferentes voces.

Para los sufís no era tanto estar sumisos, dóciles a la ley de Dios, sino al espíritu de Dios y convertirse en niños de Dios (Abba). Eso nos mostraron en nuestro particular diálogo interreligioso. Cuanto más nos acercamos a Dios, más nos acercamos los unos a los otros. Cuanto más nos acercamos los unos a los otros por la gentileza, la comprensión, el respeto..., más nos acercamos a Dios. Esa es nuestra razón de ser aquí.

Imaginamos un Christian pleno de felicidad...

Sí, había alcanzado su objetivo, había encontrado la razón última de nuestra vida allí. Todo el aprendizaje de la lengua y de la cultura musulmana había sido para poder conocer al otro y estar cerca de él. En 1984 fue nombrado prior.

¿Christian estaba en paz cuando llegaron los días duros?

Sí, sí lo estaba. Tiene una hermana muy cercana, Claire. Ella me decía tras ver la película De Dioses y hombres: “El rol que juega Christian no me acaba de convencer, él era más sonriente, mucho más alegre.” Yo, sin embargo, le digo que sí era él, que la situación que se vivía era muy grave, nada divertida y que actuó así. El, en tanto que superior, se sabía responsable de esa situación. Se ve bien al pastor y su ansia de abrirse a Dios, para dejarse trabajar por Dios. Christian era así. En la ya famosa película se hace un fiel retrato suyo.

Había progresado mucho en su liderazgo, en su rol pastoral, en lo que respecta a su concepción de la relación con sus hermanos. No quería imponer, estaba a la escucha. Se sentía lleno de respeto por los hermanos. Era muy considerado con la opinión y la decisión de cada uno, en aquellos mo-

mentos tan graves. Tal como se refleja en la película, permitía que cada quien se expresara en medio de la disyuntiva de quedarse o marchar. En aquel contexto gravitaba también el compromiso que nosotros llamamos de “estabilidad”, de “matrimonio” con la población.

La película es muy buena. Las imágenes son muy expresivas. Cuando se evoca el árbol se expresa el ideal de arraigo y de protección que nosotros queríamos desarrollar. Hacía falta que fuéramos fuertes y sólidos.

¿La película ha hecho por lo tanto mucho bien?

Mucho, mucho bien. El Espíritu Santo ha trabajado en la preparación del film... Los responsables se han documentado de una forma muy seria. Han leído muchos artículos, libros..., han contactado a mucha gente que conoció a los hermanos. Han querido entrar en el interior de cada uno de los protagonistas, descubrir sus almas. Los actores no eran creyentes y sin embargo el testimonio de cada uno de los representados les ha revelado aspectos profundos. Han sabido además captar muy bien la vida monástica.

Henri Quinson, antiguo hermano de la Orden, les acompañó durante el rodaje. Les asesoró con respecto a los hechos reales. Él da a conocer en el libro que escribió sobre el rodaje, que hubo uno de los actores que entró tan dentro en la piel de quien representaba, que llegó a llorar en medio de la experiencia.

El realizador tenía una suerte de contacto especial con los hermanos fallecidos, como si fuera internamente también asesorado. Buen ejemplo tenemos en lo que ocurrió con el

final. Tenían ya preparadas las cabezas decapitadas, pero él sintió que no podía terminar así. Desestimaron ese final. Durante el rodaje, como si Dios lo hubiera querido, nevó por azar. Entonces aprovecharon esa nieve para hacer ese final con una marcha por el paisaje nevado. Fue muy bello. No ocurrió así porque sí. Ese paisaje nevado expresa muy bien el misterio que rodeó su partida.

Muy oportuno ahí el testamento de Christian...

Sí, para nosotros ese testamento cobra un profundo significado: "...Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este 'Gracias' y este 'A-Dios' en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones colmados de gozo en el paraíso, si así quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío. ¡Amén! ¡In Sha 'Allah". La escena final es acompañada de este bellísimo texto. Ellos se van juntos sin ningún tipo de violencia. Es como si partieran juntos tras un misterio, tras Dios.

En ese testamento Christian refleja muy bien lo que vivía internamente. Él era considerado como un soñador, como un idealista. Nosotros mismos le señalábamos que había que observar a los musulmanes tal como son, no a través de gafas rosas. Pero en realidad lo que buscaba Christian, y así lo refleja en el escrito, es dar a entender cómo Dios labra también el alma de los hermanos musulmanes, cómo Cristo trabaja sobre ellos.

¿Vd. ha llegado a sentir odio en algún momento?

Yo nunca he llegado a sentir odio.

¿Nunca?

Nunca. Nosotros estábamos ya preparados. En realidad vivíamos una situación sumamente peligrosa desde 1993. Aquello podía llegar en cualquier momento. Cuando supimos de la muerte tras el rapto yo me encontraba en Fez. Habíamos decidido marchar por la peligrosidad de la situación. El obispo nos lo comunicó. Nos dimos cuenta en seguida de que era preciso no dejarnos vencer ni por la tristeza, ni por el temor. Por la noche, mientras estaba con un hermano fre-gando los platos, le dije: “Hay que vivir esto como algo muy bello, muy grande, hay que ser dignos.”

Era necesario vivir aquello a la altura de la fe, no en vano representaba la culminación de lo que habíamos vivido. Lo que llegaba era la ofrenda total de la persona a Dios. Aquello no podía hundirnos. La misa no debía ser de luto. El martirio es una verdadera fiesta para los cristianos, tal como apuntaba San Cipriano en el primer siglo. El martirio es la cumbre del testimonio de la fe rendida a Dios.

¿Qué sensación tiene ahora cuando ve la película?

La he visto ya tres veces y no me pongo triste. He vivido un puro gozo a causa de la belleza que refleja. El hermano Jean Pierre la ha visto diez veces. Cada vez ve algo nuevo. Siento que la película se asemeja a un icono. Quien realiza un icono se prepara internamente con rezos e incluso ayuno, para poder captar el mensaje y poder reflejarlo en toda su belleza. La gracia es entonces comunicada y el Espíritu trabaja en el icono.

Me ha tocado estar en Bélgica en un acto en memoria de los

hermanos con autoridades civiles y religiosas, así como en algún otro homenaje. El film nos ha dado la oportunidad de difundir el mensaje del perdón. Participé también en un acto multitudinario de jóvenes en el Vaticano con el Papa presente.

¿... y cómo acaba la historia...?

En 1999 celebramos en Fez una gran asamblea en la que participó el padre general. Decidimos instalarnos aquí, en Midelt. No se trataba de otra fundación. El mismo monasterio de Notre Dame de Atlas de Tibhirine continúa, en este otro lugar, en Marruecos. Un país diferente, pero un mismo espíritu.

¿Va a escribir sus memorias?

No, en absoluto. Ya hay otros que se encargan de hablar de mí.

¿Qué edad tiene Vd. ahora?

87 años

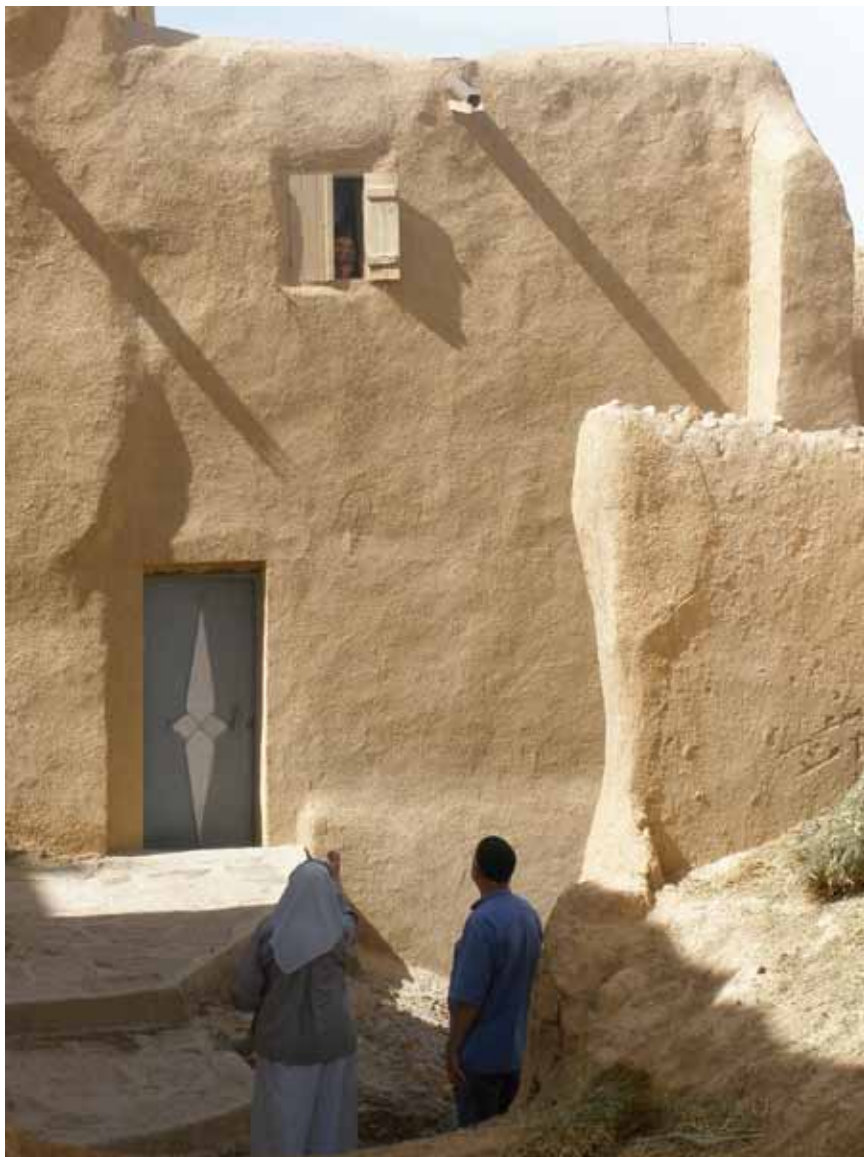
Muy bien llevados por cierto...

Sí, gracias a Dios...

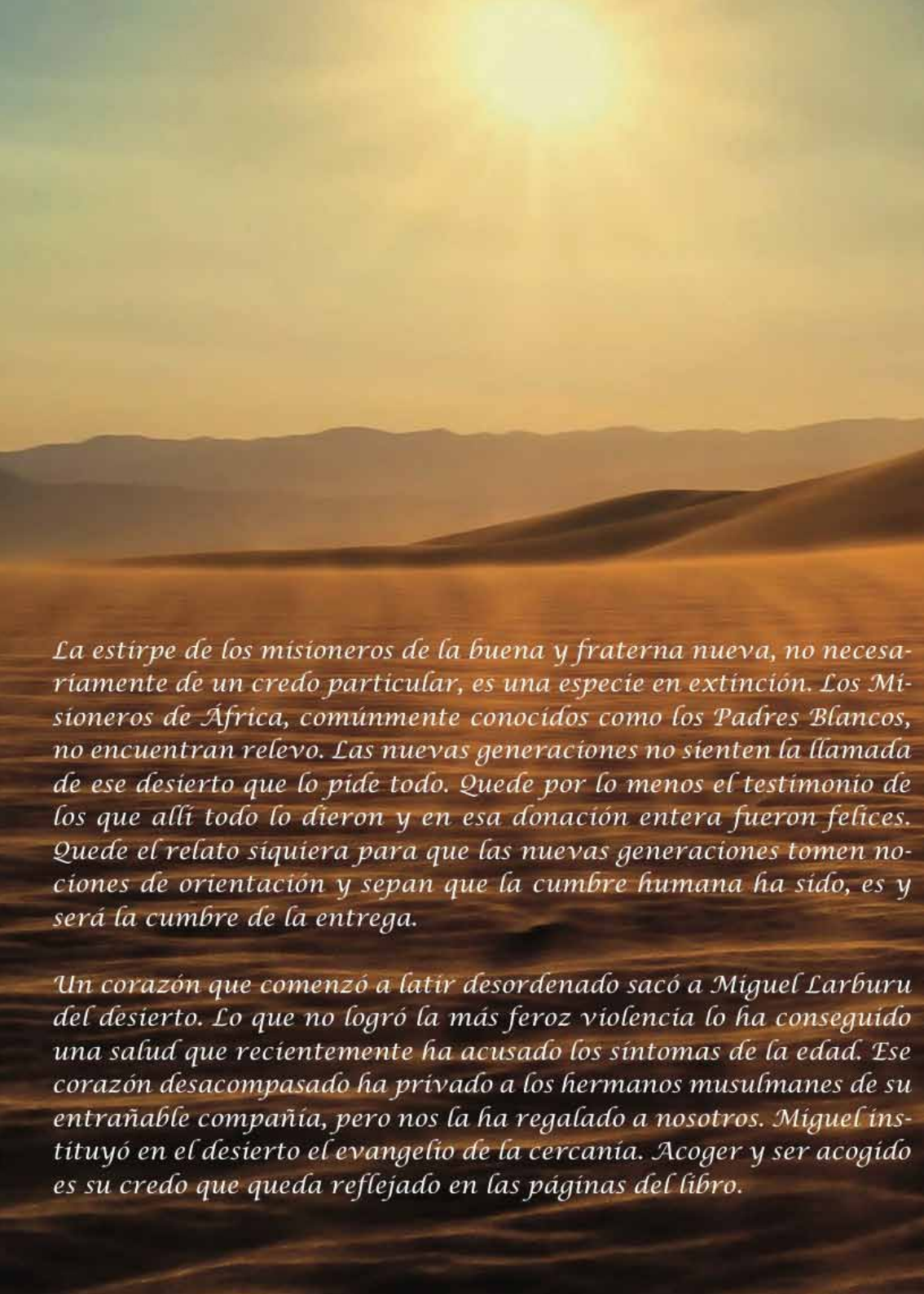
¡Muchas gracias de corazón, Jean Pierre!

Rezad por nosotros. A ver si Dios quiere que continuemos y nos envía a alguien... Ya no somos más que tres.





*Escena en la parte antigua de Midlet.
Encuentro de civilizaciones. (Foto autor)*



La estirpe de los misioneros de la buena y fraterna nueva, no necesariamente de un credo particular, es una especie en extinción. Los Misioneros de África, comúnmente conocidos como los Padres Blancos, no encuentran relevo. Las nuevas generaciones no sienten la llamada de ese desierto que lo pide todo. Quede por lo menos el testimonio de los que allí todo lo dieron y en esa donación entera fueron felices. Quede el relato siquiera para que las nuevas generaciones tomen nociones de orientación y sepan que la cumbre humana ha sido, es y será la cumbre de la entrega.

Un corazón que comenzó a latir desordenado sacó a Miguel Larburu del desierto. Lo que no logró la más feroz violencia lo ha conseguido una salud que recientemente ha acusado los síntomas de la edad. Ese corazón desacompañado ha privado a los hermanos musulmanes de su entrañable compañía, pero nos la ha regalado a nosotros. Miguel instituyó en el desierto el evangelio de la cercanía. Acoger y ser acogido es su credo que queda reflejado en las páginas del libro.